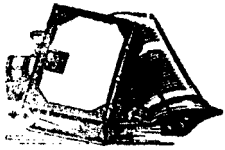
BIBLIOTECA DEL «FEDERALISTA.»

AVATAR,

POR

T. GAUTIER.



MEXICO.
IMPRENTA DEL «FEDERALISTA,»
ESCALERILLAS NUMERO 11.

1876.

05-27031

AVATAR.

I

Nadie podia comprender la enfermedad que minaba lentamente á Octavio de Saville. No guardaba cama y hacia su vida ordinaria, no salia nunca de sus lábios una sola queja y, sin embargo, se moria á claras luces. Interrogado por los médicos que iban á visitarle, á instancia de sus parientes y amigos, no podian precisar ningun sufrimiento y la ciencia no descubria en él ningun síntoma alarmante. Auscultado su pecho, daba un sonido favorable y apenas el oido, aplicado á su corazon, sorprendia un latido muy lento ó muy precipitado; no tosia, ni tenia fiebre, pero la vida se retiraba y huia por una de esas invisibles grietas de que, segun Terencio, está el hombre lleno.

De vez en cuando un extraño síncope le hacia palidecer y le dejaba frio como el mármol. Durante uno ó dos minutos se llegaba á temer que estuviese muerto; despues el pulso, detenido por un dedo misterioso, quedaba suelto, emprendia de nuevo su movimiento y Octavio se despertaba como de un sueño. Le enviaron á tomar baños, pero las ninfas termales nada consiguieron. Hizo un viaje á Nápoles y no se obtuvo mejor resultado. Aquel magnífico sol, tan alabado, le pareció negro como el de un grabado de Alberto Durero; el murciélago que lleva escrita en sus alas la palabra *melancolía*, azotaba el brillante azur con sus membranas polvorientas y revoloteaba entre la luz y él, y se quedó helado en el muelle de la Mergellina, donde los

lazzaroni, medio desnudos, se tuestan al sol dando á su piel un tinte bronceado.

Habia vuelto, pues, á su habitacioncilla de la calle de San Lázaro, y al menos, aparentemente, recobró sus antiguas costumbres.

Esta habitacion estaba tan bien amueblada como lo pudiese estar la de una muchacha; sin embargo, como el interior toma á lo largo la fisonomía y aun quizás el pensamiento de quien lo habita, el departamento de Octavio se habia ido entristeciendo poco á poco: el damasco de las cortinas se habia descolorido y solo daba paso á una luz gris; los grandes ramos de peonía se marchitaban sobre el fondo menos blanco del tapiz; el oro de los marcos de algunas acuarelas y de varios bocetos de los buenos pintores habia enrojecido lentamente bajo la accion del implacable polvo; el fuego se apagaba lánguidamente entre las cenizas, formando algunas espirales de humo; el viejo péndulo del reloj, incrustado de cobre y de concha verde, retenia el ruido de su tic-tac, y el timbre de aquellas horas de fastidio sonaba muy bajo, como en el cuarto de un enfermo; las puertas se cerraban sin estrépito y los pasos de los que de tarde en tarde iban á visitarle se perdian en la alfombra de moqueta. La risa se detenia á sí misma al penetrar en aquellas habitaciones monótonas, frias y oscuras, en donde no faltaba nada de cuanto constituye el lujo moderno. Juan, el criado de Octavio, se deslizaba como una sombra, con un plumero debajo del brazo y un plato en la mano, porque impresionado, á su vez, por la melancolía del local, habia acabado por perder su locuacidad. De las paredes colgaban varios trofeos, guantes de esgrima, mascarillas y floretes, pero fácilmente se podia comprender que hacia mucho tiempo que no se habian usado. Algunos libros, arrojados con descuido sobre todos los muebles, parecian indicar que Octavio habia querido, por medio de una lectura maquinal, adormecer alguna idea fija. Una carta empezada, y cuyo papel se habia puesto amarillento, parecia como que esperase, desde algunos meses antes, el momento en que su autor la terminase, y se mostraba, en medio del escritorio, como un mudo reproche. Aunque habitado el cuarto, parecia que estuviese desierto. La vida

se habia ausentado de allí y, al penetrar, recibia el rostro ese soplo de aire frio que sale de las tumbas cuando las abren.

En esta lúgubre estancia, donde nunca mujer alguna habia puesto la punta de su zapatito, Octavio se encontraba mucho mejor que en cualquier otro punto; este silencio, esta tristeza y este abandono le gustaban; el alegre bullicio de la vida le repelia aunque hiciese todo género de esfuerzos para mezclarse á él. Cuando sus amigos le arrastraban á alguna mascarada, á alguna excursion ó á alguna cena, volvia mas sombrío que antes; cuando se privaba de esta clase de fiestas, no luchaba contra su misterioso dolor y dejaba pasar los dias con la indiferencia de aquel á quien nada le importa el mañana. No formaba ningun proyecto, no creia en el porvenir y habia enviado á Dios tácitamente la dimision de su vida, esperando que se la admitiese. Por otra parte, si el lector se figura ver en Octavio un rostro demacrado y ahondado, un color terroso, los miembros extenuados, un gran estragó exterior, se equivoca; todo lo mas que se podria distinguir son algunas manchas amoratadas debajo de los párpados, algunas nubes tempestuosas al rededor de la órbita, algun enternecimiento en las sienes, surcadas por venas azuladas. Solo la pupila del alma no brillaba en sus ojos, de los cuales habian huido la voluntad, la esperanza y el deseo. Aquella mirada, muerta en un rostro jóven, formaba un contraste extraordinario y producia un efecto mucho mas doloroso que la mascarilla descarnada, con los ojos iluminados por la fiebre, que caracteriza á las enfermedades ordinarias.

Octavio, antes de languidecer hasta tal punto, habia sido lo que vulgarmente se llama un buen mozo, y lo era todavía: sus negros cabellos, con abundantes rizos, se agrupaban brillantes y sedosos á ambos lados de la frente; sus grandes ojos aterciopelados, de un azul nocturno, adornados con largas pestañas, se iluminaban de vez en cuando con una luz húmeda; cuando se hallaban en reposo, esto es, cuando no les animaba ninguna pasion, se hacian notar por esa severa quietud que tienen los ojos de los orien-

tales, cuando á la puerta del café de Smirna ó de Constantinopla hacen el *Kief*, despues de haberse fumado su *narguilhé*. Su tinte no habia sido nunca colorado y se parecia á esos meridionales de un blanco aceitunado que no producen todo su efecto mas que á la luz artificial; su mano era fria y delicada, su pié estrecho y encorvado. Vestia con elegancia, sin preceder á la moda ni seguirla á retaguardia, y sabia perfectamente hacer valer sus dotes naturales. Aunque no tenia ninguna pretension de *dandy* ó de *gentleman rider*, se le habria admitido sin escrúpulo en el Jockey-Club.

¿Cómo se explica, pues, que un jóven hermoso, rico y con tantas circunstancias favorables para ser feliz, se consumiese de una manera tan miserable? Quizá creais que Octavio estaba gastado, que las novelas de moda le habian trastornado el cerebro con sus ideas nocivas, que no creia en nada, que de su juventud y de su fortuna derrochadas en locas orgías no le quedaban mas que deudas, y sin embargo, nada de esto era cierto. Octavio no habia abusado de los placeres, y por lo mismo no podia encontrarse hastiado; no era de carácter melancólico, ni romántico, ni ateo, ni libertino, ni dilapidador; su vida habia sido hasta entonces un conjunto de estudios y de distracciones como las de cualquier otro jóven: por la mañana tomaba asiento en las cátedras de la Sorbona, y por la noche se ponia al pié de la escalera del teatro de la Opera para ver pasar aquella cascada de trages y tocados. No se le conocia ninguna querida, y se gastaba el dinero sin malgastar en locos caprichos su capital; así es que su apoderado le queria mucho, y eso que era un señor muy económico, incapaz de beberse un sorbete en el verano y de encender la estufa en el invierno. Respecto á la causa de su singular estado, que tenia desesperado á los médicos, no nos atrevemos á decirla.—¡Tan inconcebible es en Paris y en medio del siglo XIX!—y por lo tanto dejaremos á nuestro héroe el cuidado de referirla.

Como los médicos ordinarios no entendian ni una palabra de tan estraña enfermedad, por lo mismo que no han presenciado nunca la diseccion de un alma en los anfitea-

tros de anatomía, se tuvo que recurrir por fin á un doctor muy extravagante, que habia vivido durante muchos años en la India y que tenia fama de haber realizado curas maravillosas.

Octavio, presintiendo una perspicacia bastante poderosa para descubrir su secreto, trataba siempre de excusar la visita del doctor, y solo ante las reiteradas instancias de su madre consintió en recibir á Mr. Baltasar Cherbonneau.

Cuando el doctor entró, Octavio estaba reclinado sobre un sofá: una almohada le sostenia la cabeza, en otra apoyaba el codo y, por último, tenia otra sobre los piés; una bata le envolvia con sus blandos pliegues, estaba leyendo, mejor dicho, tenia un libro en la mano, pues sus ojos no miraban, á pesar de que se hallaban detenidos sobre una página. Su rostro estaba pálido, pero, como hemos dicho, no presentaba ninguna alteracion sensible. Una observacion superficial no habria bastado para comprender el peligro que se corria en la habitacion de aquel jóven enfermo, cuyo velador sostenia una cigarrera en vez de redomas, tazas, medicinas, tisanas y otros objetos que son de rigor en tales casos. Sus puras facciones, aunque un poco fatigadas, no habian perdido casi nada de su gracia y, á no ser por la atonía profunda y la incurable tristeza de los ojos, habria parecido como que Octavio gozaba de una salud normal.

Por indiferente que fuese Octavio, no dejó de llamarle la atencion el extraño aspecto del doctor, porque Mr. Baltasar Cherbonneau tenia todo el aire de un personaje escapado de un cuento fantástico de Hoffmann, y no dejaba de excitar la curiosidad el ver una creacion tan rara agitándose en la realidad. Su rostro, extraordinariamente atezado, estaba como oculto bajo de una enorme peluca, que aun parecia mucho mayor á causa de lo que se descolgaban los cabellos. Su frente, desnuda y pulida como el marfil, habia conservado su color blanco, mientras que el rostro, expuesto á los rayos del sol, se habia revestido, gracias á la superposicion de algunas capas, de un color de roble, de retrato ahumado. Las cavidades y los salientes de los huesos se acentuaban, de tal suerte, que la poca carne que

las recubria, atravesada en todos sentidos por las arrugas, no parecia otra cosa que una piel mojada puesta sobre la cabeza de un muerto. Los escasos cabellos grises que aun flotaban en su occipucio, los llevaba recogidos en tres mechoncitos, dos de los cuales corrian por encima de las orejas, y el otro partia de la nuca para morir en el nacimiento de la frente. Tan extraño peinado recordaba en seguida el uso de las antiguas pelucas de llamador, y coronaba de una manera grotesca aquella fisonomía de rompenueces. Lo que mas llamaba la atencion en el doctor, eran, indudablemente, sus ojos. Enmedio de aquel rostro, curtido por los años y calcinado por el cielo incandescente de la India, gastado por el estudio y en el que las fatigas de la ciencia y de la vida estaban escritas por profundos surcos y arrugas mas prensadas que las hojas de un libro, brillaban dos pupilas de azul turquí, de una limpidez, de una frescura y de una juventud incomprensibles. Estas estrellas azules centellaban en el fondo de unas órbitas negruzcas y de unas membranas concéntricas, cuyos círculos leonados recordaban vagamente las plumas colocadas en forma de aureola, alrededor de la pupila nyctálope de los buhos. Cualquiera hubiera dicho que por medio de un sortilegio, aprendido de los brahmas y de los panditas, el doctor habia robado los ojos á un niño y los habia puesto en su rostro de cadáver. En el anciano la mirada señalaba unos veinte años, en el jóven sesenta.

Vestia el trage clásico de los médicos, esto es, levita y pantalon de paño negro, chaleco de seda del mismo color y en el pecho de la camisa un grueso diamante, regalo, al parecer, de algun bajah ó de algun nabab. La ropa flotaba como si estuviese colgada de una percha y dibujaba unos pliegues perpendiculares que los fémures y las tibias del doctor cortaban en ángulos agudos cada vez que se sentaba. Para producir esta fenomenal delgadez no habia bastado el sol devorador de la India, sin duda Baltasar Cherbonneau se habia sometido, con el objeto de iniciarse, á los largos ayunos de los fakirs, ó se habia estendido sobre la piel de gacela de los yoghis entre las cuatro estufas encendidas. Sin embargo, esta pérdida de sustancia no acu-

BIBLIOTECA NACIONAL
MEXICO

saba ninguna debilidad. Los sólidos ligamentos, estendidos sobre las manos como las cuerdas sobre la plancha de un violin, unian entre sí los huesos descarnados de las falanges y los movian sin ningun inconveniente.

El doctor sentóse en el sitio que le designó Octavio con la mano, al lado del divan. Al reclinarse, recogió los codos con movimientos que indicaban la costumbre inveterada de replegarse, pero que parecian los que se efectúan para recoger un metro. Así colocado Mr. Cherbonneau, volvióse de espaldas á la luz que daba de lleno en el rostro del enfermo, situacion favorable para el exámen, y que adoptan generalmente los observadores, mas partidarios de ver que de ser vistos. Aunque el rostro del doctor quedó bañado por la sombra y solo la parte mas alta de la cabeza, reluciente y redonda como un gigantesco huevo de avestruz, recogia algunos rayos luminosos, Octavio distinguia el brillo de las extrañas pupilas azules que parecian dotadas de una luz propia como los cuerpos fosforescentes. Uno de esos rayos agudos y claros llegaba hasta el pecho del jóven enfermo y le producia un escozor y un calor algo parecidos á los del emético.

—Y bien, caballero, dijo el doctor despues de un momento de silencio, durante el cual pareció como que habia reasumido los indicios recogidos en su rápida inspeccion, veo que no se trata aquí de un caso de patología vulgar; no teneis ninguna de esas enfermedades clasificadas, con síntomas característicos, que el médico descubre por sí ó por el empirismo. Cuando haya hablado con vos algunos minutos, no os pediré papel para formularos una receta tomada del *Codex*, y poner al pié de ella una firma geroglífica para que vuestro ayuda de cámara la lleve al farmacéutico de la esquina.

Octavio se sonrió débilmente como para dar las gracias á Mr. Cherboneau porque le libraba de remedios inútiles y fastidiosos.

—No os alegreis tan pronto, dijo el doctor. Aunque no padeceis una hipertrofia al corazon, ni teneis tubérculos en el pulmon, ni reblandecimiento de la médula espinal, ni derrames serosos en el cerebro, ni fiebre tifoidea ó ner-

viosa, no por ello os formeis la ilusion de que disfrutais buena salud. Dadme la mano.

Octavio, creyendo que Mr. Cherbonneau iba á tomarle el pulso y á sacar el reloj para contar los segundos, levantóse la manga de la bata, descubrió la muñeca y se la alargó maquinalmente al doctor. Este, sin buscar esa pulsacion rápida ó lenta que indica si el reloj de la vida se ha descompuesto, en el hombre, aprisionó en su negra mano, cuyos huesosos dedos parecian las patas de una langosta, la mano delicada y húmeda del jóven, la palpó y la estrechó de manera que parecia querer ponerse en comunicacion magnética con su cliente. Octavio, quizá porque era algo escéptico en medicina, no pudo menos de experimentar cierta ansiosa emocion, porque le parecia que el doctor atraía su alma por medio de estos experimentos y que la sangre habia abandonado su rostro.

—Querido Octavio, dijo el doctor, vuestra situacion es mucho mas grave de lo que os figurais, y la ciencia, tal como la practican los rutinarios médicos de Europa, no puede nada: no teneis deseos de vivir y el alma se va desatando insensiblemente de vuestro cuerpo; no existe en vos ni hipocondría, ni lipemania, ni tendencia melancólica al suicidio. ¡No! El caso es raro y curioso, de manera que si yo no me opusiese á ello, podríais morir sin ninguna lesion interior ó externa que se pudiera apreciar. Ya era tiempo de que me llamáseis, pues el alma está unida al cuerpo por un hilo muy débil y ahora vamos á hacer un buen nudo.—El doctor se frotó alegremente las manos ensayando una sonrisa que produjo un remolino de arrugas en los mil pliegues de su rostro.

—Mr. Cherbonneau, no sé si conseguireis curarme, cosa de la que en verdad no tengo mucha prisa, pero debo confesaros que desde el primer momento habeis descubierto la causa del estado misterioso en que me encuentro. Paréceme como que el cuerpo se ha hecho permeable y deja escapar mi sér como una criba abre paso al agua por sus agujeros. Siento que me hundo en el gran todo, sin que á pesar de ello pueda comprender adónde voy. La vida, á quien consagro, tanto como me es posible, la pantomima

habitual para no disgustar á mis padres ni á mis amigos, me parece que se halla tan lejos de mí, que hay instantes en los que llego á creerme fuera de la esfera humana: voy y vuelvo por las causas que me determinaban otras veces, cuya impulsion mecánica dura todavía, pero sin darme cuenta de lo que hago. Me siento á la mesa á las horas ordinarias y parece como que realmente como y bebo, á pesar de que no percibo ningun gusto aun en los platos mas cargados de especias y en los vinos mas fuertes; la luz del sol me parece tan pálida como la de la luna, y las bugías producen para mí una llama negra. Tengo frio en los dias mas calurosos del verano; frecuentemente se produce dentro de mi sér un gran silencio, como si el corazon no latiese ó como si las rodajas interiores se hubiesen detenido por una causa desconocida. La muerte debe ser muy parecida á tal estado, si es que pueden apercibirse de ella los difuntos.

—Teneis, dijo el doctor, una imposibilidad de vivir crónica, *enfermedad moral mucho mas frecuente* de lo que vulgarmente se cree. El pensamiento es una cosa que puede matar lo mismo que el ácido prúsico y la chispa de una botella de Leyde, aunque la huella que deja á su paso no sea perceptible á los débiles medios de análisis de que dispone la ciencia vulgar. ¿Qué sentimiento ha clavado sus afiladas uñas en vuestras entrañas? ¿Desde lo alto de qué ambicioso secreto habeis caido roto y deshecho? ¿Qué amarga desesperacion masticais en la inmovilidad? ¿Es la sed del poder lo que os atormenta? ¿Habeis renunciado voluntariamente á un objeto colocado fuera del alcance humano?—Aun sois demasiado jóven para esto.—¿Os ha engañado alguna mujer?

—No, doctor, contestó Octavio, ni siquiera he merecido tal honor.

—Y sin embargo, dijo Mr. Baltasar Cherbonneau, leo en vuestros tiernos ojos, en la posicion negligente de vuestro cuerpo, en el timbre sordo de vuestra voz, el título de una comedia de Shakspeare, y lo leo tan bien como si estuviese escrito en caractéres de oro sobre el lomo de una encuadernacion en tafilete.

—¿Y cuál es esa comedia que yo traduzco sin saberlo? preguntó Octavio, cuya curiosidad se despertaba más y más.

—*Love's labour's lost*, dijo el doctor con una pureza de acento que denunciaba su larga residencia en las posiciones inglesas de la India.

—Lo cual quiere decir si no me engaño, *Penas de amor perdidas.*

—Exactamente.

Octavio no contestó; un ligero carmin coloreó sus mejillas, y, para ver de contenerse, se puso á jugar con las borlas de los cordones de la bata: el doctor habia replegado mientras tanto una pierna sobre la otra, lo cual producia el efecto de los huesos en cruz que suelen grabarse sobre las tumbas y cogia el pié con la mano, segun es uso y costumbre en el Oriente. Sus azules ojos se introducian en los ojos de Octavio y los interrogaban con una mirada imperiosa y dulce.

—Véamos, dijo Mr. Baltasar Cherbonneau, abridme vuestro pecho; yo soy el médico de las almas y vos sois mi enfermo. Como el sacerdote católico, exijo de vos una confesion completa, lo cual podeis hacer sin poneros de rodillas como el penitente.

—¿Para qué? Suponiendo que hayais adivinado mis dolores, no ha de aminorarlos el que os los cuente. Mi tristeza no tiene nada de habladora; ningun poder humano, ni aun el vuestro, es bastante para curarme.

—Tal vez, contestó el doctor, reclinándose más sobre la butaca como el que se dispone á escuchar una confidencia de alguna extension.

—No quiero, dijo Octavio, que me acuseis de una terquedad pueril, y dejaros por efecto de mi silencio, un medio para que os laveis las manos cuando sobrevenga mi muerte. Ya que mostrais empeño en ello, os contaré mi historia; habeis adivinado el fondo y no estoy en el caso de disputaros los detalles. No espereis nada extraño ó novelesco. Es una aventura muy sencilla, muy comun y muy usual; pero, como dice la cancion de Henri Heine, aquél que pasa por ella le encuentra mucha novedad y parece

como que se le desgarra el corazon. En verdad, siento el tener que referir una cosa tan vulgar á un hombre que como vos, ha vivido en los paises mas fabulosos y mas quiméricos.

—No temais, dijo el doctor sonriendo; solo lo comun es extraordinario para mí.

—Pues bien, doctor, yo me muero de amor.

II

—Encontrábame en Florencia á fines del verano, el año 184....., la mejor estacion para ver aquella comarca. Tenia tiempo, dinero, buenas cartas de recomendacion y era á la sazon un jóven de buen humor que no pensaba mas que en divertirme. Me instaló en el Long-Arno, alquilé una calesa y me dejé arrastrar por esa dulce vida florentina que tantos encantos tiene para el extranjero. Por la mañana iba á visitar alguna iglesia, palacio ó galería, tranquilamente, sin precipitacion de ningun género, para no producirme esa indigestion de obras maestras que, en Italia, causa, aun á los mas entusiastas, las náuseas del arte; unas veces contemplaba las puertas de bronce del baptisterio, otras el Perseo de Benvenuto, en la *loggia dei Lanzi*, el retrato de la Fornarina en los Oficios, ó la Vénus de Canova en el palacio Pitti; pero nunca fuí á ver mas de un objeto á la vez. Despues me desayunaba en el café Doney con una taza de café helado, me fumaba algunos cigarros, repasaba los periódicos, y con el ojal lleno de flores que, bien de grado ó por fuerza, me ponian esas bellas ramilleteras que con sus grandes sombreros de paja se colocan en las puertas de los cafés, retirábame á casa á dormir la siesta. A las tres volvia la calesa y me llevaba á los *Cascinos*. Los Cascinos son en Florencia lo que el bosque de Boulogne es en Paris, con la única diferencia de que todos se conocen, y de que el paseo forma una especie de salon al aire libre, donde los sillones están reemplazados por los carruajes detenidos y arregladas en forma de semicírculo. Las mujeres, vistiendo sus mejores trages y casi acostadas sobre los almohadones, reciben las visitas de los amantes y admiradores, de los dandys y de

los agregados á la legacion que se detienen en el andón, de pié, con el sombrero debajo del brazo.—Pero vos sabeis todo esto mejor que yo.—Allí se forman los proyectos para la noche, se conciertan las visitas, se dan respuestas, se aceptan invitaciones; es como una Bolsa del placer que está abierta de tres á cinco de la tarde, á la sómbra de árboles magníficos y bajo el cielo mas bello del mundo. Es obligatorio para toda persona acomodada el hacer todos los dias una aparicion en los Casinos.. Yo nunca faltaba, y por la noche, despues de comer, iba á algunos salones ó á la Pergola, donde las cantantes eran bastante buenas.

De esta manera pasó uno de los meses mas felices de mi vida, pero esa felicidad no podia ser duradera. Un dia se detuvo en los Casinos una magnífica calesa. Este excelente producto de la fabricacion de carruajes de Viena, obra maestra de Laurenzi, charolada con un barniz brillante, adornada con un blason casi real, iba tirada por el tronco de caballos mas hermosos que han piafado nunca en Hyde-Park, ó en Saint-James ó Drawing-Room de la reina Victoria. Los cocheros vestian á la Daumont, llevando pantalon de piel blanca y casaca verde; el metal de los arneses, los cubos de las ruedas y las empuñaduras de las portezuelas brillaban como el oro y lanzaban rayos al mismo sol. Todos los ojos se fijaron en tan espléndido tren que, despues de describir un círculo, tan regular como si lo hubiese hecho con un compás, fué á situarse junto á los demás carruajes. Como supondreis, la calesa no estaba vacía, pero como fué tan rápido el movimiento, no pudo distinguirse mas que la punta de un piecesito apoyado sobre la almohada de delante, un gran pliegue de chal y el disco de una sombrilla con franja de seda blanca. Cerróse la sombrilla y dejó ver una mujer de una belleza incomparable. Como yo iba á caballo, pude acercarme lo bastante para no perder ni un solo detalle de aquella obra maestra. La extranjera llevaba un vestido verde de agua con cambiantes de plata, es decir, ese color que hace aparecer negra como un topo á toda mujer que no posea un color irreprochable. Era una rubia segura de su color, que se presentaba haciendo alarde de él. Un gran crespon blanco, de China, todo lleno de bordados del mismo color, envolvia su vesti-

do ligero y lleno de pliegueecitos, como una túnica de Fidias. El rostro llevaba por aureola un sombrero de la mas fina paja de Florencia, lleno de mysotis y de delicadísimas plantas acuáticas con sus estrechas hojas blancas. Por toda joya una argolla de oro, llena de turquesas, adornaba el brazo que sostenia el puño de marfil de la sombrilla.

Perdonad, querido doctor, esta descripcion propia de un diario de modas, á un amante para quien estos pequeños recuerdos tienen una importancia enorme. Espesos tirabuzones rubios y encrespados, cuyos anillos formaban un oleaje de fuego, descendian en ondas opulentas desde su frente, mas blanca y mas pura que la nieve vírgen caida durante la noche en la cima mas alta de los Alpes; unas pestañas largas y delicadas como esos hilos de oro que los miniaturistas de la Edad Média ponen alrededor de la cabeza de sus ángeles, velaban á medias sus pupilas de un azul verdoso, parecido á esas luces que se descubren en los hielos por un efecto del sol; su boca, divinamente dibujada, presentaba esas tintas purpúreas de las conchas de Vénus, y sus mejillas parecian tímidas rosas blancas que hiciese enrojecer la declaracion de un ruiseñor ó el beso de una mariposa. Ningun pincel humano seria capaz de reproducir aquel tinte de una suavidad, de una frescura y de una trasparencia inmateriales, cuyos colores no parecian producidos por la grosera sangre que ilumina nuestras fibras; los primeros tintes sonrosados de la aurora sobre las cimas de las sierras nevadas; el color carnoso que tienen algunas camelias blancas al nacimiento de sus pétalos; el mármol de Paros, visto á través de un velo de gasa de color de rosa, pueden solo daros una idea lejana. Lo que podia verse de su cuello entre las cintas del sombrero y lo alto del chal, brillaba con una blancura que poseia los cambiantes del arco-íris y los reflejos del ópalo. Aquella magnífica cabeza no satisfacia tanto por la correccion del dibujo, como por el color, á la manera de las obras de la escuela veneciana, y eso que sus contornos eran tan puros y delicados como los perfiles antiguos trazados en el ágata de los camafeos.

Como olvida Romeo á Rosalinda, al ver á Julieta, así

olvidó todos mis primeros amores al aparecer aquella belleza suprema. Las páginas de mi corazon se quedaron en blanco: todos los nombres y todos los recuerdos se borraron. No me era posible comprender cómo habia encontrado algun atractivo en esas alianzas vulgares, que evitan muy pocos jóvenes y que yo mismo me arrojaba en cara como culpables infidelidades. Una nueva vida nació en mí desde el dia de aquel fatal encuentro.

La calesa dejó los Cascinos y tomó el camino de la ciudad, llevándose la deslumbradora vision. Por mi parte, puse el caballo junto al de un jóven ruso muy aficionado á correr los establecimientos de baños, visitador de todos los salones cosmopolitas de Europa y que conocia á fondo el personal viajero de la alta sociedad. Hice recaer la conversacion sobre la extranjera y supe que era la condesa Prascovia Labinska, una lituaniense, de nacimiento ilustre y gran fortuna, cuyo marido estaba desde hacia dos años, en la guerra del Cáucaso.

Inútil será el deciros las diplomacias que puse en juego para que me recibiese la condesa, á quien la ausencia de su marido obligaba á guardar cierta severidad respecto á las presentaciones; por fin se me admitió: dos princesas viudas y cuatro barones entrados en años, respondieron por mí, poniendo su antigua virtud por testigo.

La condesa Labinska habia alquilado una *villa* magnífica que en otro tiempo perteneció á los Salviati, y que estaba situada á una media legua de Florencia. En pocos dias habia conseguido instalar todas las comodidades modernas en aquella antigua residencia, sin alterar en nada la belleza severa y la elegancia séria. Unos grandes cortinajes, llenos de blasones, se agarraban con firmeza á las arcadas ogivales; los sillones y demas muebles, de forma antigua, armonizaban perfectamente con las paredes cubiertas de ensambladuras negruzca, ó de frescos con un color amortiguado como el de los viejos tapices. No se veía ningun color nuevo, ni heria la pupila un objeto dorado y brillante: el presente no estaba reñido con el pasado. La condesa tenia un aire tan natural de castellana, que aquel viejo palacio parecia construido expresamente para ella.

Si la radiante belleza de la condesa me sedujo, más me enamoró todavía cuando al cabo de algunas visitas pude descubrir en ella un talento raro, delicado y extenso. Cuando hablaba de algun asunto de interes, el alma asomábase á las ventanas de sus ojos y, por decirlo así, se hacia visible. Su blancura se iluminaba por un rayo interior, como el alabastro de una lámpara; habia en su color algo de esas chispas fosforescentes, de esos temblores luminosos de que habla Dante al pintar los explendores del paraíso; cualquiera hubiera dicho que era un ángel destacándose claro enmedio de un sol. Yo permanecí deslumbrado, estático y hasta estúpido. Abismado en la contemplacion de su belleza, atraido por el sonido de su voz celestial, que hacia de cada idioma una música inefable, cuando tenia necesidad de responder balbuceaba algunas palabras incoherentes, que debian darle pobrísima idea de mi inteligencia. De vez en cuando, una imperceptible sonrisa, de una ironía amistosa, pasaba como una luz sonrosada por sus labios encantadores, y esto se debia casi siempre á ciertas frases que denotaban por parte mia una turbacion profunda, ó una incurable tontería.

Aun no le habia confesado mi amor; ante ella estaba sin ideas, sin fuerzas y sin valor; mi corazon golpeaba como si quisiera salirse del pecho para arrojarse á los piés de su soberana. Veinte veces intenté explicarme, pero una invencible timidez me detenia. El menor gesto de frialdad ó de reserva por parte de la condesa, me producia efectos mortales y comparados solo á los del condenado á muerte que, puesta la cabeza en el tajo, espera que la hoja de la fatal cuchilla le corte el cuello. Algunas contracciones nerviosas me ahogaban, y de vez en cuando un sudor frio bañaba todo mi cuerpo. Tan pronto enrojecia como me quedaba pálido, y siempre abandonaba la casa sin haberlo dicho nada, temiendo llegar á la puerta y tambaleándome por las escaleras como un ébrio.

Cuando ya estaba fuera me volvian todas las facultades y daba al viento los ditirambos mas inflamados. Dirigia al ídolo ausente mil declaraciones de una elocuencia irresistible, é igualaba en mis apóstrofes mudos á los gran-

des poetas del amor. El cantar de los cantares de Salomon con su vertiginoso perfume oriental y su lirismo alucinado de *haschich*; los sonetos de Petrarca con sus sutilezas platónicas y sus delicadezas etéreas; el *Intermiezo* de Henri Heine con su sensibilidad nerviosa y delirante, no son nada al lado de la inconmensurable efusion que absorbia mi vida. Al terminar cada uno de estos monólogos, me parecia que, vencida la condesa, habia de descender en seguida desde el cielo hasta mi corazon, y mas de una vez cruzé los brazos sobre el pecho creyendo que iba á estrecharla entre ellos.

Estaba tan completamente trastornado, que me pasaba horas enteras murmurando en una especie de letanías de amor, estas dos palabras:—Prascovia Labinska,—y encontraba un encanto indefinible en estas sílabas, soltadas unas veces lentamente, como si fuesen perlas, y dichas otras con la volubilidad febril del devoto á quien exalta su misma plegaria. Otras veces escribia su nombre en magníficos trozos de vitela, reproduciendo las mejores muestras de las obras caligráficas de la Edad Média, como rosetones de oro, flores de azur y ramajes de sinople. En este trabajo empleaba una minuciosidad apasionada y una perfeccion pueril durante las largas horas que separaban mis visitas á la condesa. No podia leer ni ocuparme en otra cosa que no fuese esto. Prascovia era lo único que en el mundo me interesaba, hasta el extremo de no abrir siquiera las cartas que recibia de Francia. Muchas veces hice esfuerzos para salir de ese estado; traté de poner en juego los axiomas de seduccion aceptados por los jóvenes, las estratagemas que empleaban los Valmont del café de Paris y los tenorios del Jockey-Club; pero al ir á poner lo por obra me faltaba el valor y me quejaba de no poseer, como el Julian Sorel de Stendhal, un paquete de cartas progresivas para irlas coplando y enviándoselas á la condesa. Me contentaba con amarla entregándome á ella en cuerpo y alma, sin pedirle nada en cambio y sin una esperanza, siquiera esta fuese lejana, porque mis sueños mas audaces apenas se atrevian á tocar con los lábios las puntas de los sonrosados dedos de Prascovia. En el siglo XV el jóven

novicio, con la frente sobre las gradas del altar, y el caballero arrodillado en su rígida armadura, no podian tener hácia la Vírgen una veneracion mas completa.

Mr. Baltasar Cherbonneau habia escuchado á Octavio con una atencion profunda, porque para él el relato del jóven no era solo una historia novelesca, así es que murmuró durante una pausa del narrador:—Sí, esto es el diagnóstico del amor-pasion, una enfermedad curiosa que no he encontrado mas que una vez,—en Chandernagor,—en una jóven paria enamorada de un bralima. La pobre niña murió, pero era una salvaje; vos, querido Octavio, perteneceis á la raza civilizada y os curaremos.—Cerrado este paréntesis, hizo á Mr. de Saville una seña con la mano para que continuase, y replegando la pierna sobre el muslo como la pata articulada de un saltamonte, á fin de poder apoyar la barba en la rodilla, quedóse tranquilo en esta posicion, imposible para cualquiera, pero que parecia muy cómoda para él.

—No quiero fastidiaros con los detalles de mi secreto martirio, dijo Octavio, y voy á llegar á una escena decisiva. Un dia, no pudiendo moderar mi imperioso deseo de ver á la condesa, adelanté la hora de mi acostumbrada visita; hacia un tiempo tempestuoso y horrible. No encontré á la señora Labinska en el salon. Se hallaba bajo de un pórtico sostenido por una esbelta columnata que formaba una especie de galería por la que se bajaba al jardin. Prascovia se habia hecho llevar allí su piano, un sofá y algunas sillas de junco; gran número de jardineras, colmadas de flores olorosas,—en ninguna parte son tan frescas ni olorosas como en Florencia,—llenaban los intercolumnios ó impregnaban con sus perfumes los soplos de la brisa que venian de los Apeninos. Por entre las arcadas se veian los tejos y los recortados bojea del jardin, de enmedio de los cuales se levantaban algunos añosos cipreses que adornaban los mármoles mitológicos del gusto de Baccio Bandinelli ó del Ammanato. En el fondo, y por encima de la silueta de Florencia, se erguia la iglesia de Santa María del Fiore ó resaltaba la torre cuadrada del palacio de Vecchio.

La condesa estaba sola, medio acostada sobre el sofá de junco; nunca me habia parecido tan hermosa; su cuerpo negligente, enlanguidecido por el calor, bañado como el de una ninfa marina, por la blanca espuma de un ancho peinador de muselina de las Indias, que adornaba de alto á bajo una guarnicion rizada como la franja de plata de una ola; un broche de acero ennegrecido cerraba al pecho este trage tan ligero como el ropaje que flota alrededor de la Victoria, sujetando sus sandalias. Por entre las abiertas mangas aparecian como los pistilos en el cáliz de una flor, sus brazos de un color mas puro que el del alabastro de que se sirven los escultores florentinos para tallar las copias de las estátuas antiguas; un ancho cinturon negro, atado á la cintura, y cuyas puntas caian sobre la falda, se destacaba vigorosamente enmedio de aquella blancura. Lo que podia tener de triste este juego de colores consagrados al luto, estaba aminorado por la punta de una zapatilla circasiana de tafilete azul llena de arabescos amarillos, la cual asomaba por debajo del último pliegue de la muselina.

Los rubios cabellos de la condesa, cuyos flotantes rizos descubrian su frente, dejaban ver las sienes enmedio de una aureola que quebraba la luz y la reproducia en partículas de oro.

Cerca de ella, sobre una silla, palpitaba al soplo del aire un gran sombrero de paja de arroz, adornado con largas cintas negras, parecidas á las del trage, y descansaba un par de guantes de Suecia que aun no se habia usado. Al presentarme, Prascovia cerró el libro que estaba leyendo—las poesías de Mickiewicz,—y me hizo una seña de agradecimiento; estaba sola—circunstancia favorable y rara.—Me sentó delante de ella en el sitio que me designó. Entre los dos reinó uno de esos silencios penosos, cuando se prolongan. No encontraba á mi disposicion ninguna de esas vaguedades de la conversacion; mi cabeza se hinchaba, olas de fuego me subian del corazon á los ojos y mi amor me gritaba: «No pierdas esta ocasion suprema.»

Ignoro lo que habria hecho si la condesa, adivinando la

causa de mi turbacion, no se hubieso medio levantado alargando hácia mí su mano como para taparme la boca.

—No me digais ni una sola palabra, Octavio; me amais, lo sé, lo siento y lo creo; no os lo prohibo porque el amor es involuntario. Otras mujeres mas severas se darian por ofendidas; yo os compadezco porque no puedo amaros; y os verdaderamente triste para mí el ser la causa de vuestra desgracia. Siento haberme cruzado en vuestro camino y maldigo el instante en que pensé dejar á Venecia para visitar á Florencia. Creia que mi constante frialdad acabaria por mortificaros y por alejaros; pero el verdadero amor, cuyas señales se ven muy manifiestas en vuestros ojos, no se detiene ante ningun obstáculo. Que mi dulzura no haga nacer en vos ninguna ilusion, ningun sueño, y no tomeis mi piedad por una inclinacion hácia vos. Un ángel con un escudo diamantino y con la espada de fuego, me guarda contra toda seduccion mejor que la religion, mejor que el deber, mejor que la virtud; ese ángel es mi amor porque yo adoro al conde de Labinski, porque yo he tenido la dicha de encontrar la pasion en el matrimonio.

Un rio de lágrimas asomóse á mis párpados ante una confesion tan franca, tan leal, tan noble y tan púdica. En aquel momento sentí que se rompia el resorte de mi vida.

Prascovia, conmovida, se levantó y por medio de un movimiento, debido á esa graciosa piedad femenina, pasó por mis ojos su pañuelo de batista.

—Vamos, no lloreis, me dijo, yo os lo prohibo. Procurad acordaros de otra cosa; imaginaos que me he marchado para siempre, que me he muerto; olvidadme. Viajad, trabajad, ejerced el bien, mezclaos activamente á la vida humana; consolaos en un arte ó en un amor.....

Le hice un gesto negativo.

—¿Creeis que sufrirá menos vuestro corazon viéndome continuamente? Venid, pues, todos los dias, yo os recibiré en mi casa. Dios aconseja que perdonemos á nuestros enemigos: ¿por qué hemos de tratar peor á los que nos aman? Sin embargo, la ausencia me parece un remedio mas seguro. Durante dos años nos podremos estrechar la

mano sin peligro..... para vos, añadió tratando de sonreirse.

Al siguiente dia salí de Florencia, pero ni el estudio, ni los viajes, ni el tiempo han disminuido mis sufrimientos, y me siento morir: ¡no me lo impidais, doctor!

—Habeis vuelto á ver á la condesa Prascovia Labinska? dijo el doctor, cuyos azules ojos brillaban de una manera extraordinaria.

—No, respondió Octavio, pero está en Paris. Y alargó al doctor Baltasar Cherbonneau una tarjeta que decia:

«La condesa Prascovia Labinska, recibirá en su casa el juéves.»

III

Entre los escasos paseantes que en aquella época recorrian la avenida Gabriel, en los Campos Elíseos, desde la embajada Otomana hasta el Elíseo Borbon, prefiriendo al torbellino polvoroso y al elegante bullicio de la gran calzada, el aislamiento, el silencio y la fresca calma de aquel andén bordado de árboles por un lado y de jardines por el otro, habia pocos que no se detuviesen con cierto sentimiento de admiracion mezclado de envidia, delante de un poético y misterioso retiro, en donde, cosa rara, la riqueza parecia vivir en compañía de la felicidad.

¿A quién no le ha ocurrido muchas veces detenerse á la puerta de un parque, mirar largo rato la blanca casita á través de las guirnaldas de verdura y alejarse con el corazon ensanchado, como si el sueño de la vida estuviese oculto tras de aquellas paredes? Por el contrario, otras habitaciones, vistas desde afuera, nos inspiran una tristeza indefinible; el fastidio, el abandono, la desesperacion llenan la fachada con sus tintes grises y amarillean las copas casi deshojadas de los árboles; las estátuas sufren la lepra del musgo, las flores se mustian, el agua de los estanques enverdece, las yerbas malas invaden el sendero á pesar del rasero, y los pájaros, si por casualidad los hay, enmudecen.

Los jardines estaban separados del andén por unos arroyos y se prolongaban formando unas cintas mas ó menos anchas hasta el edificio, cuya fachada daba frente á la ca-

lle del Faubourg-Saint-Honoré. Este jardin terminaba por una tapia formada con piedras muy gruesas y escogidas por la curiosa irregularidad de sus formas, las cuales se levantaban á ambos lados en forma de bastidores, cerrando sus rugosas asperezas y sus masas sombrías el fresco y verde paisaje colocado entre ellas. Entre las grietas de las rocas el cardo, la asclepiada encarnada, el milepertuis, la cimbalaria, la siempreviva y la yedra de Irlanda encontraban bastante tierra vegetal para alimentar sus raíces y destacaban su verdes variados sobre el fondo vigoroso de la piedra. Un pintor no hubiera podido poner mejor asunto en el primer término de un cuadro.

Las paredes laterales que cerraban este paraíso terrenal, desaparecian bajo de una cortina de plantas trepadoras, aristolóquias, pasionarias azules, campanillas, glycinas de la China, periplocas de Grecia, cuyos asideros, zarcillos y tallos se enlazaban formando un enverjado verde, porque la misma felicidad no quiere estar prisionera, y, gracias á esta disposicion, el jardin parecia el claro de un bosque, mas bien que el *parterre* estrecho y cerrado por los cercados de la civilizacion.

Mas allá de los montecillos de rocalla, se agrupaban algunos bosquecillos de árboles de figura elegante y de vigorosa frondosidad, cuyo follaje formaba un contraste muy pintoresco: enebras del Japon, tuyas del Canadá, plátanos de Virginia, fresnos verdes, álamos blancos, lotos de la Provenza. Mas allá de los árboles se extendia una pradera de ray-gras, en el que no habia una punta de la yerba mas larga que otra; pradera mas fina y sedosa que el terciopelo del manto de una reina, de ese verde esmeralda ideal, que solo se obtiene en Inglaterra, al pié de las escaleras de las mansiones feudales; blanco tapiz natural que los ojos acarician con placer y que el pié pisa con temor; moqueta vegetal en donde durante el dia pueden jugar al sol la gacela doméstica y el jóven primogénito del duque, vistiendo su trage bordado de oro, y por la noche deslizarse á la luz de la luna alguna Titania del West-End con la mano enlazada á la de un Oberon.

Un andén de arena pasada por tamiz á fin de que ni un pedacito de concha ni de silex pudiera herir los aristocráticos piés que marcasen allí su huella delicada, circulaba como una cinta amarilla alrededor de esta sábana verde baja y espesa, que las tijeras se encargaban de mantener siempre á igual altura y que la lluvia artificial de regadera mantenia en una constante humedad aun en los dias mas secos de verano.

Al final de esta pradera estallaba, en la época en que ocurre esta historia, un verdadero castillo de fuegos artificiales producido por un macizo de geranios en flor, cuyas estrellas de escarlata llameaban sobre el fondo oscuro de una tierra cubierta de maleza.

La elegante fachada de la casa completaba la perspectiva: esbeltas columnas de órden jónico sostenian el pórtico, en cuyos ángulos se levantaban graciosos grupos de mármol, y le daban la apariencia de un templo griego trasportado allí por el capricho de un millonario, el cual, despertando una idea poética y artística, presentaba todo lo que el lujo puede tener de mas fastuoso; en los intercolumnios las cortinas rayadas con anchas bandas de color de rosa y casi siempre corridas, abrigaban y dibujaban á la vez las ventanas que se abrian en el pórtico.

Cuando el fantástico cielo de Paris se dignaba vestirse de azul detrás de este *palazzino*, las líneas se dibujaban tan correctamente entre los grupos de verdura, que podia tomarse por el alojamiento de la reina de las hadas.

A ambos lados del edificio adelantábanse hácia el jardin dos estufas formando alas, cuyas paredes de cristal brillaban al sol entre sus nervios dorados, y les formaban á numerosas plantas exóticas, tan raras como preciosas, la ilusion de su clima natal.

Si algun poeta madrugador hubiese recorrido la avenida Gabriel al despuntar la aurora, habria oido al ruiseñor terminar los últimos trinos de su nocturno y habria tambien visto al mirlo pasearse con sus zapatos amarillos por el andén del jardin, como un pájaro que está en su casa; por la noche, cuando el ruido de los carujes que volvian de la Opera se apagaba en las calles adormecidas, ese mismo

poeta hubiera distinguido vagamente una sombra blanca cogida del brazo de un bellísimo jóven.

El lector habrá adivinado ya que este era el palacio que habitaba hacia algun tiempo la condesa Prascovia Labinska y su marido el conde Olaf Labinski, de regreso de la guerra del Cáucaso, despues de una gloriosa campaña, donde si no se habia batido cuerpo á cuerpo con el místico é insaciable Schamyl, en cambio habia arreglado algunas cuentas con los mas fanáticos defensores del ilustre scheyck. Habia evitado las balas como las evitan los valientes, arrojándose enmedio de ellas, y los corvos sables de los salvajes guerreros se habian roto en su pecho sin herirle. El valor es una coraza impenetrable. El conde Labinski poseia ese valor loco de las razas eslavas que aman el peligro por el peligro, y á las cuales puede aun aplicarse la frase de un viejo canto escandinavo: «¡Matan, mueren y se rien!»

¡Con qué alegría se habian encontrado de nuevo estos dos esposos, para quienes el matrimonio no era otra cosa que la pasion permitida por Dios y por los hombres, eso que solo Tomás Moore sabria explicar en un estilo parecido al *Amor de los ángeles!* Seria preciso que cada gota de tinta se trasformase en nuestra pluma en una gota de luz, y que cada palabra se evaporase sobre el papel arrojando una llama y un perfume como un grano de incienso. ¿Cómo pintar estas dos almas fundidas en una misma y parecidas á dos lágrimas de rocío, que deslizándose sobre el pétalo de un lirio, se encuentran, se juntan, se absorben la una á la otra y acaban por formar una perla única? La felicidad es una cosa tan rara en este mundo, que el hombre no se ha tomado el trabajo de inventar muchas palabras para expresarla, mientras que el vocabulario de los sufrimientos morales y físicos llena innumerables columnas en el Diccionario de todas las lenguas.

Olaf y Prascovia se amaban desde niños; nunca su corazon habia latido mas que al pronunciarse un nombre; sabian casi desde la cuna que se pertenecian el uno al otro y que el resto del mundo no existia para ellos; cualquiera hubiera dicho que los pedazos del andrógeno de Platon, que

en vano se buscan desde el divorcio primitivo, se habian encontrado y reunido en uno solo, formando esa dualidad en la unidad, que es la armonía completa, y que el uno al lado del otro marchaban, ó mejor dicho, volaban á través de la vida con vuelo igual y sostenido, como dos palomas á quienes llama el mismo deseo, segun la bella expresion del Dante.

Con el objeto de que nada pudiese turbar esta felicidad, una fortuna inmensa les envolvia como en una atmósfera de oro. Allí donde se presentaba esta brillante pareja la miseria consolada abandonaba sus harapos y las lágrimas se secaban, porque Olaf y Prascovia tenian el noble egoismo de la felicidad y no podian sufrir un dolor en el círculo de su influencia.

Desde que el politeismo se ha llevado con él á los dioses jóvenes, esos génios sonrientes, esos Febos celestes con formas de una perfeccion absoluta, de un ritmo armonioso y de un ideal puro; desde que la Grecia antigua no canta el himno de la belleza en estrofas de Paros, el hombre ha abusado cruelmente del permiso que se le dió para ser feo, y aunque hecho á la imágen de Dios, la representa bastante mal. El conde Labinski no habia abusado de esta autorizacion: el óvalo un poco prolongado de su rostro, su nariz pequeña pero atrevida y correctamente acabada, su lábio bien dibujado que acentuaba un bigote rubio terminado en agudas puntas, su barba levantada y adornada con un oyuelo, sus ojos negros, cierta singularidad llamativa y algo de extraño y gracioso, le daba el aire de uno de esos ángeles guerreros como San Miguel ó San Rafael, que luchan con el demonio vestidos con armaduras de oro. Hubiera sido demasiado bello sin la mirada enérgica que brillaba en sus ojos y sin el moreno barniz con que el sol de Asia habia cubierto su rostro.

El conde era de una estatura mediana, esbelta y nerviosa, que ocultaba unos músculos de acero bajo una apariencia delicada; cuando en algun baile de la embajada vestia su trage de magnate todo cubierto de oro, todo sembrado de diamantes, todo bordado de perlas, pasaba entre los grupos como una aparicion luminosa, excitando la envi-

dia de los hombres y el amor de las mujeres, que Prascovia le hacia indiferentes. Nos falta añadir que el conde poseia las dotes de la inteligencia como las del cuerpo. Las hadas bienhechoras le habian dotado al nacer, y la maldita bruja que suele echarlo todo á perder, se encontraba aquel dia de buen humor.

Bien comprenderá el lector que con semejante rival, Octavio de Saville tenia poco que esperar, y que hacia muy bien dejándose morir tranquilamnete sobre los cojines de su divan, á pesar de la esperanza que trataba de devolverle al corazon el fantástico doctor Cherbonneau. Olvidar á Prascovia era el único medio de curarse, pero esto era imposible; volveria á ver ¿de qué le habia de servir? Octavio comprendia demasiado bien que la resolucion de la jóven no se debilitaria nunca en su implacable dulzura, en su fria complacencia. Tenia miedo á que sus heridas no cicatrizadas se abriesen de nuevo y volviesen á sangrar delante de aquella que le habia matado inocentemente, y no queria acusar á su dulce y amada agresora.

IV

Dos años habian trascurrido desde el dia en que la condesa Lubinska habia detenido en los labios de Octavio la declaracion de amor que no debia oir. Octavio, al caer desde lo alto de su sueño, se habia alejado, llevándose consigo el gérmen de una negra tristeza, y no habia querido comunicar noticias suyas á Prascovia. La única palabra que hubiera podido escribirle era la única que tenia prohibida. Mas de una vez el pensamiento de la condesa, asustado ante aquel silencio, se habia dirigido melancólicamente hácia su adorador:—¿la habia olvidado? En su divina ausencia de coquetería le deseaba, sin saberlo, porque la inextinguible llama de la pasion iluminaba los ojos de Octavio, y la condesa no habia podido ser indiferente. El amor y los dioses se reconocen en la mirada: esta idea empañaba como una pequeña nubecilla el límpido azul de su felicidad y le inspiraba la ligera tristeza de los ángeles que en el cielo se acuerdan de la tierra. Su alma encantadora no podia menos de sufrir al saber que allá abajo habia un sér desgraciado por causa suya; pero la estrella de oro que brilla en lo alto de los cielos ¿qué puede hacer por el pobre pastor que eleva hácia ella sus brazos desfallecidos? En los tiempos mitológicos Febea descendió de los cielos en rayos de plata sobre Endimion dormido; pero no estaba casada con un conde polaco.

En cuanto llegó á Paris la condesa Labinska envió á Octavio esa vaga invitacion que el doctor Cherbonneau volteaba distraidamente entre sus dedos, y viendo que no iba á visitarla como ella hubiese querido, se habia dicho con un movimiento de alegría involuntario: «¡Todavía me ama!» Sin embargo, era una mujer de una pureza ange-

lical y casta como la nieve de la última cima del Himalaya.

El mismo Dios desde el fondo de su infinito, se evita el fastidio de la eternidad con el placer que le proporciona el oir que late por él el corazon de una pobre criatura perecedera, allá en un globo perdido en la inmensidad. Prascovia no era mas severa que Dios, y el conde Olaf no podia quejarse de esta delicada voluptuosidad del alma.

—He escuchado atentamente vuestro relato, dijo el doctor á Octavio, y me he convencido de que es inútil toda esperanza por vuestra parte. La condesa no partirá nunca su amor con vos.

—Ahora comprendereis, Mr. Cherbonneau, cuánta razon tenia al no buscar un medio con que retener esta vida que se me escapa.

—He dicho que no habia esperanza en los medios que ordinariamente se emplean, dijo el doctor; pero existen poderes ocultos que desconoce la ciencia moderna, y cuya tradicion se conserva en esos extraños paises que califica de bárbaros una civilizacion ignorante. Allá en los primeros dias del mundo, el género humano, puesto en contacto inmediato con las fuerzas vivas de la naturaleza, sabia secretos que hoy se consideran perdidos, porque no se los han llevado en sus emigraciones las tribus que mas tarde han formado los pueblos. Estos secretos se trasmitieron de iniciado en iniciado en las misteriosas profundidades de los templos, se escribieron en idiomas sagrados, incomprensibles al vulgo, y se esculpieron en geroglíficos á lo largo de las paredes crípticas de Elora. Aun se pueden encontrar en las cimas del monte Merú, donde nace el Ganges, ó debajo de la escalera de mármol blanco de Benarés, la ciudad santa, ó en el fondo de las pagodas arruinadas de Ceylan, algunos brahmas centenarios descifrando manuscritos desconocidos; algunos yoghis ocupados en repasar el inefable monosílabo *om*, sin apercibirse de que los pájaros anidan en sus cabellos; algunos fakires en cuyas espaldas se ven las cicatrices de los ganchos de hierro de Jaggernat, los cuales poseen esos arcanos perdidos y obtienen resultados maravillosos cuando quieren ser-

virse de ellos.—Nuestra Europa, absorbida por los intereses materiales, no tiene idea del grado de espiritualismo á que han llegado los penitentes de la India; ayunos absolutos, contemplaciones de una fijeza espantosa, posturas imposibes, conservadas durante años enteros, extienden de tal modo sus cuerpos, que diríase al verlos acurrucados bajo un sol de plomo, entre los braseros encendidos, dejando crecer sus uñas hasta taladrarles las palmas de las manos, que eran mómias egipcias sacadas de sus cajas y puestas en aptitudes de monos; su envoltura humana no es mas que una crisálida, que el alma, mariposa inmortal, puede dejar ó tomar de nuevo, segun su voluntad. Mientras que su flaco despojo queda allí inerte, horrible á la vista, como una larva nocturna sorprendida por el dia; su espíritu, libre de toda ligadura, se eleva en alas de la alucinacion á alturas incalculables en los mundos sobrenaturales. Tienen visiones y sueños extraños; siguen de éxtasis en éxtasis las ondulaciones que hacen las edades que pasaron sobre el océano de la eternidad; recorren el infinito en todos sentidos; asisten á la creacion de los universos, al génio de los dioses y sus metamórfosis y vienen á su memoria las ciencias que destruyeron los cataclismos plutonianos y diluvianos y los recuerdos olvidados por el hombre y por los elementos. En tan extraña situacion murmuran palabras pertenecientes á lenguas que no ha hablado ningun pueblo desde hace muchos miles de años en la superficie del globo, y encuentran el verbo primordial, el verbo que hizo brotar la luz de las antiguas tinieblas: «¡se les tiene por locos y casi son dioses!»

Tan singular preámbulo excitó, como es natural, la atencion de Octavio, quien, no comprendiendo hasta dónde queria ir Mr. Baltasar Cherbonneau, fijó en él sus ojos asombrados y preñados de preguntas: no le era fácil comprender qué puntos de contacto podian ofrecer los penitentes de la India, con su amor por la condesa Labinska.

El doctor, adivinando el pensamiento de Octavio, le hizo una seña con la mano como para evitar sus preguntas, y le dijo:

—Paciencia, querido enfermo, ahora mismo comprendereis que no me he entregado á una inútil digresion.

Cansado de interrogar con el escapelo, sobre el mármol de los anfiteatros anatómicos, los cadáveres, que no me respondian, y que me enseñaban la muerte cuando buscaba la vida, formé el proyecto—un proyecto atrevido como el de Prometeo, al escalar el cielo para robarle el fuego,—de buscar y sorprender el alma, de analizarla y de disecarla, por decirlo así; abandoné el efecto por la causa, y desdeñé profundamente la ciencia materialista, cuya inutilidad habia experimentado. Trabajar sobre esas formas vagas, sobre esas reuniones fortuitas de moléculas, me parecia la funcion de un empirismo grosero. Ensayé por medio del magnetismo á desatar las ligaduras que encadenan el espíritu á su envoltorio; bien pronto adelanté á Mesmer, á Deslon, Maxwel, Puysegur, Deleuze y los mas hábiles en experiencias maravillosas, pero que aun no me satisfacian: catalepsia, sonambulismo, doble vista, lucidez estática, todos estos efectos inexplicables para el vulgo, eran muy sencillos para mí y los producia á voluntad.—Me remonté á mayor altura: del arrobamiento de Cardan y de Santo Tomás de Aquino pasé á las crísis nerviosas de las Pythias; descubrí los arcanos de los Epoptos griegos y de los Nebiim hebreos; me inició retrospectivamente en los misterios de Trofonius y Esculapio reconociendo siempre en las maravillas que se refieren una concentracion ó una expansion del alma, provocada por medio de los gestos ó de la palabra, por la mirada, por la voluntad ó por cualquier otro agente desconocido.—Llegué á rehacer uno por uno todos los milagros de Apolonio de Thyana.—Sin embargo, mi sueño científico aun no se habia cumplido: el alma se me escapaba siempre, la hacia aparecer, la oia, tenia poder sobre ella; amortiguaba ó excitaba sus facultades, pero entre ella y yo habia un velo que no podia rasgar sin que ella huyese. Me encontraba como el que tiene un pájaro metido en una red y no se atreve á abrirla por miedo á que se le escape.

Me marché á la India esperando encontrar la palabra del enigma en ese país de la antigua sabiduría.—Aprendí el sanscrito y el pacrito; los idiomas sábios y vulgares, de manera que pude conversar con los panditas y los brah-

mas.—Atravesé las comarcas donde duerme el tígre acostado sobre sus patas; costeé los estanques sagrados que pueblan los cocodrilos; franqueé bosques impenetrables obstruidos por las enredaderas, haciendo huir en tropel las nubes de murciélagos y de monos; me encontré frente á frente de un elefante al penetrar un sendero, solo transitado por las fieras, y todo por llegar hasta la cabaña de un yoghi célebre en comunicacion con los Munis. Me sentó durante mucho tiempo á su lado, compartiendo su piel de gacela, para notar los diversos encantamientos que murmuraba el éxtasis sobre sus lábios negros y resquebrajados. De esta manera pude recoger palabras muy poderosas, fórmulas de evocacion y sílabas del Verbo creador.

Estudié las esculturas simbólicas en las habitaciones interiores de las pagodas que no ha visto ningun ojo profano, y donde me permitia penetrar mi trage de brahma; allí leí muchos misterios cosmogónicos y leyendas de civilizaciones que desaparecieron; descubrí el sentido de los emblemas que tienen en sus múltiples manos aquellos dioses híbridos y frondosos como la naturaleza de la India; medite sobre el círculo de Brahma, el loto de Vishnú y la culebra de Shiva, el dios azul. Ganesa, desenvolviendo su trompa de paquidermo y cerrando sus ojuelos frangeados por largas pestañas, parecia como que sonreia á mis esfuerzos y que me incitaba á continuar en mis averiguaciones. Todas aquellas figuras monstruosas me decian en su lengua de piedra: «Nosotros no somos mas que formas, pero el espíritu agita la materia.»

Un sacerdote del templo de Tirunamalay, á quien participé la idea que me dominaba, me indicó, cómo el hombre que habia llegado al mas alto grado de sublimidad, era un penitente que habitaba en una gruta de la isla de Elefanta. Le encontré pegado á la pared de la caverna, metido en un trage de esparto; la barba entre las rodillas y en un estado de completa inmovilidad. Sus pupilas estaban ocultas y no dejaban ver mas que el blanco del ojo; sus lábios se doblaban sobre sus descarnados dientes; su piel, curtida por una increible flaqueza, se adheria á los pómulos; sus cabellos, arrojados hácia atrás, pendian en

mechones lacios como los filamentos de esas plantas que se descuelgan desde lo alto de las rocas; su barba se dividia en dos partes que casi le tocaban en el suelo y sus uñas estaban encorvadas como las garras de un águila.

El sol le habia secado y ennegrecido de tal suerte, que su piel de indio, naturalmente morena, habia adquirido el tinte del basalto; puesto del modo que he indicado, parecia por su forma y su color, un vaso canópico. A primera vista le creí muerto. Sacudí sus brazos, que parecian sufrir una ankylosis, producida por la catalepsia, le gritó al oido con toda la fuerza de mis pulmones las palabras sacramentales que debian revelarme á él como un iniciado, y sin embargo no observé movimiento alguno; sus párpados quedaron inmóviles.—Iba á alejarme, desesperado de conseguir cosa alguna, cuando oí un ruido singular; una llama azulada pasó por delante de mis ojos con la fulgurante rapidez de una chispa eléctrica, revoloteó un segundo por los lábios entreabiertos del penitente y desapareció.

Brahma-Logum [este era el nombre del santo personaje], pareció despertarse de su letargo: las pupilas volvieron á su sitio; me miró con los ojos de los hombres y contestó á mis preguntas: «Tus deseos han quedado satisfechos: acabas de ver un alma. Yo he conseguido desatar la mia del cuerpo cuando lo creo oportuno;—entra y sale como una abeja luminosa, solo perceptible á los ojos de los adeptos. He ayunado, rogado y meditado tanto; me he macerado de un modo tan riguroso, que he conseguido desatarla de las ligaduras terrestres que la encadenan y que Wishnu, el dios de las diez encarnaciones, me revelase la palabra misteriosa que le guió en sus *Avatars*, á través de las diferentes formas.—Si despues de haber hecho las genuflexiones del rito, pronunciase esa palabra, tu alma volaria para ir á animar al hombre ó á la bêstia que yo le designase. Soy el único del mundo que posee el secreto y te lo lego á tí. Me alegro de que hayas venido porque no ha de pasar mucho tiempo sin que me hunda en el seno de lo increado como una gota de agua en el mar.»

Y el penitente balbuceó con voz débil, como el exterior

del moribundo, y por lo tanto distintas, algunas sílabas, que me produjeron en la espalda esa frialdad de que habla Job.

—¿Qué quereis decir, doctor, exclamó Octavio; no me atrevo á sondear la espantosa profundidad de vuestro pensamiento.

—Quiero decir, respondió tranquilamente Mr. Baltasar Cherbonneau, que no he olvidado la fórmula mágica de mi amigo Brahma-Logum, y que la condesa Prascovia debe poseer una gran penetracion si reconoce el alma de Octavio de Saville en el cuerpo de Olaf Labinski.

V

La reputacion del doctor Baltasar Cherbonneau como médico y como taumaturgo, empezaba á esparcirse por Paris; sus rarezas, reales ó fingidas, le habian puesto de moda. Pero lejos de intentar lo que vulgarmente se dice hacerse una clientela, se esforzaba en rechazar los enfermos cerrándoles la puerta ó ordenándoles prescripciones extrañas ó régimenes imposibles. No aceptaba mas que casos desesperados y remitia á sus colegas con un soberano desden las vulgares fluxiones del pecho, las ligeras enteritis y las populares fiebres tifoideas. En algunas ocasiones supremas obtenia curaciones verdaderamente increibles. De pié al lado de la cama, hacia gestos mágicos sobre una taza de agua, y cuerpos ya rígidos y frios, prontos á ser metidos en el ataúd, despues de probar algunas gotas de este brevaje, abrian las manos crispadas por la agonía, recobraban el soplo de la vida, los colores de la salud, ó incorporándose paseaban á su alrededor unas miradas ya acostumbradas á las sombras de la tumba. Así es que se le conocia vulgarmente por el médico de los muertos ó el resucitador. Muchas veces se negaba á realizar curas de esta clase y con frecuencia rehusaba sumas enormes de parte de los ricos moribundos. Para que se decidiese á luchar con la destruccion era preciso que se condoliese del dolor de una madre implorando la salud de su hijo único, de la desesperacion de un amante pidiendo gracia para su

adorada prometida, ó que juzgase que la vida amenazada podia ser útil á la poesía, á las ciencias ó al progreso del género humano. Arrebató de las manos de la muerte á un niño de pecho á quien el crup estrechaba la garganta con sus dedos de hierro, á una preciosa jóven que estaba en el último grado de la tísis, á un poeta próximo al *delirium tremens*, á un inventor, víctima de una congestion cerebral, que iba á ocultar su secreto bajo unos puñados de tierra. En cualquiera otra circunstancia decia que no debia contrariar la naturaleza, que ciertas muertes tenian su razon de ser y que se corria el riesgo, al evitarlo, de destruir alguna cosa en el órden universal. Ya habreis comprendido que el Dr. Cherbonneau era el hombre de las paradojas y que habia traido de la India una excentricidad completa. Su nombre, como magnetizador, estaba por encima del que habia alcanzado como médico; delante de un círculo de personas escogidas habia dado algunas sesiones, de las que se contaban maravillas que sobrepasaban todas las nociones de lo posible y lo imposible, y que dejaban muy atrás los prodigios de Cagliostro.

El doctor habitaba el piso bajo de un viejo edificio de la calle de Regard, con los cuartos en fila, segun la antigua costumbre, y cuyas altas ventanas se abrian á un jardin lleno de grandes árboles de negro tronco y de follaje verde. Aun durante el verano habia una porcion de poderosos caloríferos que arrojaban por sus bocas de laton trombas de aire encendido en aquellos vastos salones donde mantenian la temperatura á treinta y cinco ó cuarenta grados de calor, porque Mr. Baltasar Cherbonneau, acostumbrado al clima incendiario de la India, temblaba de frio bajo nuestros pálidos soles, como aquel viajero que habiendo salido de las fuentes del Nilo Azul en el Africa central no podia resistir el frio del Cairo, de manera que solo salia en carruaje cerrado, metido en una piel de zorro azul de Siberia y los piés sobre un calorífero de agua hirviendo.

No habia en estas salas mas que divanes bajos, tapizados con telas malabares, llenas de elefantes quiméricos y pájaros fabulosos, cabelleras cortadas, vasos del Japon lle-

nos de flores exóticas; las paredes estaban pintadas y doradas con esa sencillez bárbara propia de los naturales de Ceylan, y sobre el piso se extendia, de un extremo al otro del salon, uno de esos tapices fúnebres con ramajes negros y blancos que tejen por penitencia los Thuggs encarcelados, y cuya trama parece hecha con el cáñamo de sus cuerdas de extranguladores; algunos ídolos indios con sus grandes ojos de almendra, su nariz llena de anillos, sus lábios gruesos y sonrientes, sus collares de perlas cayendo hasta el ombligo, con atributos singulares y misteriosos y con las piernas cruzadas sobre los pedestales de los rincones, donde descansaban. A lo largo de las paredes habia colgadas unas miniaturas pintadas á la aguada por algun artista de Calcuta ó de Lucknow, las cuales representaban los nueve *Avatars*, cumplidos por Wishnu, en pez, en tortuga, en cerdo, en leon con cabeza humana, en enano brahmino, en Rama, en héroe combatiendo con el gigante de mil brazos Cartasuciriargunen, en Kitma, el niño milagroso en quien los soñadores ven un Cristo indio; en Buddha, adorador del gran dios Mahadevi, y por último, se le veia durmiendo enmedio del mar de leche con la culebra de las cinco cabezas, esperando el momento de reencarnarse por última vez en la forma de aquel caballo blando y alado, que al pisar con su casco el universo producirá el fin del mundo.

En la última de las salas, que estaba aun mas caliente que las otras, se veia á Mr. Baltasar Cherboneau, rodeado de libros sanscritos escritos por medio de un punzon sobre finísimas láminas de madera, agujereadas y pasadas por un cordon, de tal suerte, que mas parecian persianas que libros, á la manera como se comprenden en Europa. Una máquina eléctrica con sus botellas llenas de láminas de oro y sus discos de vidrio movidos por manubrios, dibujaba su figura inquieta y complicada enmedio de la habitacion y al lado de una cubeta mesmérica en la que habia un cilindro de metal del que partian numerosas barras de hierro. Mr. Cherbonneau no tenia nada de charlatan, y por lo tanto era enemigo de las apariencias, lo cual no servia de obstáculo para que al penetrar en tan extraño retiro

experimentase uno aquella misma impresion que debian producir en otro tiempo los laboratorios de los alquimistas.

El conde Olaf Labinski habia oido hablar de los milagros realizados por el doctor y habia brotado en él una curiosidad semi-crédula. Las razas eslavas tienen una tendencia hácia lo maravilloso, que no es posible corregir ni aun por medio de la educacion mas cuidadosa. Como por otro lado personas dignas de crédito y que habian asistido á las sesiones del doctor contaban cosas que era imposible creer sin haberlas visto, por grande que fuese la confianza que inspirase el narrador, se decidió á visitar al taumaturgo.

Cuando el conde Olaf Labinski entró en casa del doctor se sintió rodeado por una llama vaga; toda la sangre le afluyó á la cabeza y las venas de la frente le silbaron; el extraordinario calor que reinaba en las habitaciones le sofocaba; las lámparas en que se quemaban aceites aromáticos, las anchas flores de Java balanceando sus enormes cálices como si fuesen incensarios, le turbaban con sus emanaciones vertiginosas y sus perfumes asfixiantes. Dió algunos pasos tambaleándose hácia Mr. Cherbonneau, que estaba acurrucado sobre su divan en una de esas extrañas posiciones de fakir ó de sannyasí, con que el príncipe Soltykoff ha ilustrado tan pintorescamente su viaje á la India. Cualquiera habria dicho al verle dibujando los ángulos de sus articulaciones bajo los pliegues de su trage, que era una araña humana, acurrucada enmedio de su tela y manteniéndose inmóvil delante de la presa. Al aparecer el conde, sus pupilas de turquesa se iluminaron con una luz fosforescente en el centro de una órbita parecida á la hepatites; despues se extinguieron como veladas por una nube voluntaria. El doctor, comprendiendo el malestar del conde Olaf, alargó hácia él las manos, y dando dos ó tres pases, le rodeó por una atmósfera primaveral que formaba un paraíso enmedio de aquel infierno de calor.

—¿Os encontrais ahora mejor? Acostumbrados vuestros pulmones á las brisas del Báltico, que llegan enfriadas por als leves centenarias del Polo, debian moverse como losa

fuelles de una fragua en este aire encendido, donde tiemblo yo que estoy cocido, recocido y hasta calcinado por el fuego del sol.

El conde Olaf Labinski hizo una seña como para manifestarle que no le incomodaba la alta temperatura de la habitacion.

—Conque, dijo el doctor con acento de buen humor, sin duda habeis oido hablar de mis pases y manipulaciones y quereis ver alguna muestra de mis conocimientos; ¡oh! yo he llegado á mayor altura que Comus, Compte ó Bosco.

—Mi curiosidad no es tan frívola, contestó el conde; miro con mas respeto que todo eso, á uno de los príncipes de la ciencia.

—No tengo nada de sábio en la acepcion que vulgarmente se dá á esa palabra; antes al contrario, estudiando ciertas cosas que la ciencia desdeña, he llegado á hacerme dueño de fuerzas ocultas, no empleadas hasta ahora, y á producir efectos que parecen maravillosos por mas que sean muy naturales. A fuerza de espiar el alma he llegado algunas veces á sorprenderla;—me ha hecho varias confidencias y me he aprovechado, repitiéndolas, de algunas palabras que he podido retener. Todo lo que es el espíritu y la materia no existe mas que en apariencia; el universo no puede ser otra cosa que un sueño de Dios, ó una irradiacion del Verbo en la inmensidad. Hago aquello que me dá la gana de ese andrajo que se llama cuerpo; detengo ó precipito la vida, cambio los sentidos, suprimo el espacio, amortiguo el dolor sin acudir al cloroformo, ni á éter, ni á ninguna droga anesthésica. Armado con la voluntad, esa electricidad de la inteligencia, doy la vida ó mato. Nada parece oscuro ante mis ojos; mi mirada lo atraviesa todo; veo distintamente los rayos del pensamiento y así como se proyectan los espectros solares sobre una tela, puedo hacerlos pasar por mi prisma invisible y obligarlos á reflejarse sobre la tela blanca de mi cerebro. Sin embargo, todo esto es muy pequeña cosa comparado con los prodigios que realizan algunos yoghis de la India que han llegado al mas alto grado de ascetismo. Los europeos somos muy ligeros, muy distraidos y muy fútiles. Ade-

más estamos sobradamente enamorados de nuestra prision de arcilla para que intentemos abrir ventanas que nos enseñen la eternidad y lo infinito. Ello no obstante, yo he podido alcanzar resultados bastantes extraordinarios y vos mismo juzgareis de ellos, dijo al mismo tiempo que hacia deslizar por la varilla los anillos de un gran portier, que ocultaba una especie de alcoba, construida en el fondo de la sala.

A la luz de una llama de alcohol, que oscilaba sobre un trípode de bronce, el conde Olaf Labinski vió un espectáculo espantoso que le hizo temblar de piés á cabeza á pesar de su bravura. Una mesa de mármol negro sostenia el cuerpo de un jóven desnudo hasta la cintura y en una inmovilidad cadavérica; de su torso, erizado de flechas como el de San Sebastian, no brotaba ni una sola gota de sangre; cualquiera, al verle así, le habria tomado por una imágen iluminada de aquel santo, si se hubiesen olvidado de pintar de bermellon los labios de las heridas.

—Este extraño médico, se dijo para sí el conde Olaf, debe ser algun adorador de Shiva, que habrá sacrificado esa víctima á su ídolo.

—Este no sufre nada; pinchadle sin temor de que se altere un solo músculo de su fisonomía;—y el doctor le arrancó las flechas del cuerpo como el que quita los alfileres de una almohadilla.

Algunos rápidos movimientos de las manos del doctor libraron al paciente de la red de efluvios que le aprisionaba y despertóse con la sonrisa del éxtasis en los labios, como el que sale de un sueño bienhechor. Mr. Baltasar Cherboneau le arrastró con un gesto y le retiró por una puertecilla abierta en las ensambladuras que cubrian la alcoba.

—Muy fácil me hubiera sido el cortarle una pierna ó un brazo sin que él se apercibiese, dijo el doctor replegando las arrugas de su cara como para dibujar una sonrisa. No lo he hecho porque no sé crear todavía y porque el hombre, inferior en esto al lagarto, no tiene una sáyia bastante poderosa para reconstruir los miembros que le cortan. Sin embargo, si no créo rejuvenezco—y levantó el velo que cubria á una mujer de edad, adormecida magnéticamente

en un sillon colocado á corta distancia de la mesa de mármol negro; sus facciones, que habian sido quizá muy bellas, estaban ajadas y los extragos del tiempo se leian en los contornos enflaquecidos de sus brazos, de sus espaldas y de su pecho. El doctor fijó sobre ella durante algunos minutos toda la intensidad de sus pupilas azules, y las líneas alteradas recobraron sus graciosas curvas; el gálibo del seno adquirió su pureza virginal; una carne blanca y satinada llenó los huecos que el enflaquecimiento habia producido en el cuello, las mejillas se redondearon y adquirieron ese aterciopelado de los melocotones y toda la frescura de la juventud; los ojos se abrieron llenos de vivacidad; la máscara de la vejez, arrancada como por arte mágico, dejaba ver á la jóven que mucho tiempo antes habia desaparecido.

—¿Creeis que la fuente de la Juventud ha vertido en alguna parte sus aguas milagrosas? le dijo el doctor al conde, estupefacto ante esta trasformacion. Tambien yo lo creo, porque el hombre no inventa nada y cada uno de sus sueños es una profecía ó un recuerdo.—Pero abandonemos esta forma reconstruida por mí y consultemos á aquella jóven que duerme tranquilamente en un rincon. Preguntadle lo que tengais á bien, pues sabe mas que las pithyas y las sibilas. Podeis enviarla á alguno de los siete castillos que poseeis en Bohemia y preguntarle lo que guarda el mas secreto de vuestros cajones; ella os lo dirá en seguida porque su alma no necesita mas que un segundo para hacer el viaje. Despues de todo, esto no tiene nada de sorprendente porque la electricidad recorre sesenta mil leguas en el mismo espacio de tiempo, y la electricidad es para el pensamiento, lo que un fiacre para un wagon. Dadle la mano para poneros en comunicacion con ella, y no tendreis necesidad de formular la pregunta porque la leerá en vuestra alma.

La jóven, con una voz débil, como si fuese la de una sombra, contestó á la pregunta mental del conde:

—En el cofrecillo de cedro hay un poco de tierra espolvoreada con arena muy fina, sobre la cual se vé la huella de un piecesito.

—¿Ha adivinado? preguntó el doctor con cierto abandono y como seguro de la infalibilidad de su sonámbula.

Las mejillas del conde se colorearon en seguida. Efectivamente, en la primera época de sus amores, habia recogido en uno de los andenes del parque la huella de un paso de Prascovia, y la guardaba como una reliquia en el fondo de una caja, incrustada de nácar y de plata, divinamente construida, y de la cual llevaba la microscópica llave pendiente de un collar de Venecia.

Mr. Baltasar Cherbonneau, que era hombre de buena sociedad, viendo el embarazo del conde, no insistió, y le condujo á una mesa sobre la cual habia un vaso de agua tan clara como el diamante.

—Sin duda habreis oido hablar del espejo mágico en que Mefistófeles hizo ver á Fausto la imágen de Margarita; sin tener cascos de caballo ni llevar dos plumas de gallo en el sombrero, voy á proporcionaros este inocente prodigio. Inclinaos sobre ese vaso y pensad fijamente en la persona que deseais que aparezca; viva ó muerta, esté cerca ó esté léjos, obedecerá vuestro mandato desde un extremo del mundo ó desde las profundidades de la historia.

El conde se inclinó hácia el vaso; el agua se enturbió en seguida á su vista y tomó tintes opalinos, como si hubieran arrojado una gota de esencia; un círculo con todos los colores del prisma coronó los bordes del vaso, formando el marco del cuadro que empezaba á dibujarse ya en la nube blanquecina.

Disipóse la nube, y una jóven con un peinador bordado, con los ojos verde mar, con los cabellos de oro encrespados y dejando errar como blancas mariposas sus bellas manos sobre las teclas de marfil del piano, se dibujó lo mismo que en un espejo, en el fondo del agua trasparente. La perfeccion del cuadro era tal, que hubiera hecho morir de desesperacion á todos los pintores:—Prascovia Labinska, sin saberlo, habia obedecido á la evocacion apasionada del conde.

—Pasemos ahora á otro experimento mas curioso, dijo el doctor tomándole la mano al conde y colocándosela sobre uno de los radios de hierro de la cubeta de Mesmer. ¡Ape-

nas hubo tocado Olaf el metal, cargado de magnetismo fulgurante, cuando cayó como herido por el rayo.

El doctor le tomó en brazos, le levantó como una pluma, le acostó en un divan, tocó el timbre y dijo al criado que se presentó en la puerta:

—Id á buscar á Mr. Octavio de Saville.

VI

En el silencioso portal del hotel se oyó el ruido de las ruedas de un cupé y en seguida se presentó delante del doctor, Octavio de Saville. Cuando el doctor le enseñó el cuerpo del conde Olaf Labinski, extendido sobre un diván y con todas las apariencias de la muerte, se asustó. En los primeros momentos se figuró que se habia cometido un asesinato y quedóse mudo de horror; pero despues de un exámen mas atento se apercibió de que una respiracion casi imperceptible levantaba y bajaba el pecho del jóven durmiente.

—Ya teneis preparado vuestro disfraz, dijo el doctor; es un poco mas difícil de poner que un dominó alquilado en casa de Babin; pero Romeo al encaramarse al balcon de Verona, no se acordó del peligro que iba á correr de romperse la cabeza. Sabia que Julieta le esperaba en su habitacion con el trage desceñido..... y la condesa Prascovia merece tanto como la hija de los Capuletos.

Octavio, turbado por lo extraño de su situacion, no contestó nada; no apartaba sus ojos del conde, cuya cabeza ligeramente inclinada hácia atrás y puesta sobre una almohada, parecia una de esas efigies de los caballeros acostados sobre sus tumbas en los claustros góticos, teniendo apoyada la nuca sobre una almohada de mármol. Esta bella y noble figura de la que iba á disponer su alma, le inspiró á pesar suyo algunos remordimientos.

—El doctor tomó la vaguedad de Octavio por la duda: una leve sonrisa de desdén erró por el pliegue de sus labios y le dijo:

—Si no estais decidido, despertaré al conde y se irá por donde ha venido, maravillado de mi poder magnético;

pero acordaos bien de que puede ser muy fácil que no se os presente otra ocasion como esta. Ademas, por mucho interes que tome en vuestros amores, por mucho que desee hacer un experimento que nadie há intentado en Europa, no por ello debo ocultaros que el cambio de almas ofrece sus peligros. Llamad á vuestro pecho y preguntadle al corazon: ¿Quereis jugar la vida en esta carta decisiva? El amor tiene la fortaleza de la muerte, dice la Biblia.

—Estoy á vuestras órdenes, contestó sencillamente Octavio.

—Bien, jóven, le contestó el doctor, frotándose las manos ennegrecidas y secas, con una rapidez extraordinaria y como si quisiese encender fuego á la manera de los salvajes. —Me gusta una pasion como la vuestra, que no retrocede ante nada. En el mundo no hay mas que dos cosas: la pasion y la voluntad. Si no lograis la felicidad no será por culpa mia. ¡Ah! Brahma-Loguni, tu verás desde el fondo del cielo de Indra, donde los apsaras te rodean con sus coros voluptuosos, si he olvidado la fórmula irresistible que me dictaste al oido al abandonar tu cáscara momificada. De todo me acuerdo, de las palabras y de los gestos. —¡Manos á la obra! hagamos en el hornillo humano un guiso extraordinario, como las brujas de Macbeth, pero sin la innoble hechicería del Norte. Sentaos delante de mí, en ese sillon; abandonaos completamente á mi poder.— ¡Eso es! los ojos fijos en los mios, las manos sobre mis manos.—Ya empieza á obrarse el encanto. Las nociones del tiempo y del espacio se pierden, la conciencia del *yo* se desvanece, los párpados se cierran; los músculos, como no reciben órdenes del cerebro, se detienen; el pensamiento se entorpece; todos los hilos delicados que retenian el alma al cuerpo están desatados. Brahma, metido en el huevo de oro, donde durmió diez mil años, no estuvo mas separado de las cosas exteriores; saturémosle de efluvios y bañémosle de rayos.

El doctor, mientras balbuceaba estas frases entrecortadas, no dejó ni un momento sus pases: de sus manos extendidas salian rayos luminosos que iban á parar á la fren-

te ó al corazon del paciente, alrededor del cual, se formaba poco á poco una especie de atmósfera visible y fosforescente como una aureola.

—¡Muy bien! dijo Mr. Baltasar Cherbonneau, aplaudiéndose á sí propio por su obra. Ya le tengo como queria. Veamos, veamos ¿qué es lo que resiste aún por aquí? exclamó despues de una pausa, como si leyese á través del cráneo de Octavio el último esfuerzo de la personalidad pronta á hundirse en la nada. ¿Qué idea revoltosa es esa que, arrojada de las circunvoluciones de la masa encefálica, trata de sustraerse á mi influencia arrollándose á la monada (1) primitiva, en el punto central de la vida? Yo procuraré encontrarla y anonadarla.

Para vencer esta involuntaria rebelion, el doctor cargó con mucha mayor fuerza la poderosa batería magnética de su mirada y descubrió el pensamiento insurreccionado entre la base del cerebro y la insercion de la médula espinal, es decir, en el santuario mas oculto y el tabernáculo mas misterioso del alma. Su triunfo fué completo.

Entonces se preparó con magestuosa solemnidad al experimento inaudito que iba á intentar; se vistió como si fuese un mago, con un trage de lino, lavóse las manos con agua perfumada, sacó de algunas redomas unos polvos, con los que se hizo en las mejillas y en la frente algunos signos hieráticos; ciñóse al brazo el cordon de los brahmas, leyó dos ó tres Slocas de los poemas sagrados y no omitió ninguno de los minuciosos ritos recomendados por el penitente de las grutas de Elefanta.

Terminadas estas ceremonias, abrió todas las grandes bocas de los caloríferos, y bien pronto se llenó la sala por una atmósfera abrasadora que hubiera hecho desfallecer al tigre enmedio del bosque; que hubiera hecho estallar la coraza de fango sobre el cuero rugoso de los búfalos, y abrirse con una detonacion la magnífica flor de los áloes.

Es preciso que estos dos rayos divinos, que van á encontrarse desnudos y despojados durante algunos segundos de su envoltura mortal, no palidezcan ó se extingan en nues-

(1) Ente simple y sin partes, de que, segun el sistema de Leibnitz, se componen los demas entes ó sustancia.

tro aire glacial, dijo el doctor mirando el termómetro, que señalaba en aquel momento 120 grados Fahrenheit.

El doctor Baltasar Cherbonneau, entre aquellos dos cuerpos inertes y con sus blancas vestiduras, tenia el aspecto de un sacrificador de las sanguinarias religiones que arrojan los cadáveres de los hombres sobre el altar de sus dioses. Recordaba al sacerdote de Huitzilipochtli, al feroz ídolo mexicano de que habla Henri Heine en una de sus baladas, pero sus intenciones eran seguramente mucho mas pacíficas.

Se aproximó al conde Olaf Labinski, que permanecia inmóvil, y pronunció la sílaba inefable, la cual fué á repetir en seguida sobre Octavio, que estaba profundamente adormecido. El rostro, ordinariamente extraño, del doctor Cherbonneau, habia tomado en aquel momento una magestad singular; la grandeza del poder de que disponia ennoblecia sus facciones desordenadas, y si alguno le hubiese visto cumplir estos ritos misteriosos con una gravedad sacerdotal, no hubiera podido reconocer en él al doctor hoffmánico que llamaba hácia sí, ó mejor dicho, desafiaba al lápiz de los caricaturistas.

Entonces ocurrieron cosas muy extrañas: Octavio de Saville y el conde Olaf Labinski se agitaron simultáneamente como por una convulsion de agonía; su rostro se descompuso; una ligera espuma apareció en sus labios; la palidez de la muerte se apoderó de su piel y dos lucecitas azuladas y temblorosas brillaron inciertas sobre sus cabezas.

A una señal fulgurante del doctor, que parecia señalarles su camino en el aire, los dos puntos fosfóricos se pusieron en movimiento y, dejando detrás de ellos una estela luminosa, entraron en su nuevo domicilio: el alma de Octavio ocupó el cuerpo del conde Olaf Labinski y el alma del conde el cuerpo de Octavio. El *avatar* se habia cumplido.

Un ligero tinte sonrosado en los pómulos indicó que la vida acababa de penetrar en aquellas arcillas humanas, que habian quedado sin alma durante algunos segundos,

y en las cuales hubiera hecho presa el ángel negro, sin el poder del doctor.

La alegría del triunfo iluminó las azuladas pupilas del doctor Cherbonneau, el cual decía paseándose por el cuarto á grandes pasos:

—«¡Hagan otro tanto los médicos mas orgullosos, con tanta vanidad como tienen porque arreglan bien ó mal el reloj humano cuando se descompone: ¡Hipócrates, Galeno, Paracelso, Van Helmont, Boerhaave, Tronchin, Hahnemann, Rasori; el fakir mas insignificante de la India, acurrucado bajo la escalera de una pagoda, sabe mil veces mas que vosotros! ¡Qué importa el cuerpo cuando se llega á mandar en el espíritu!»

Al terminar este período, el doctor Baltasar Cherbonneau hizo una porcion de cabriolas, hijas de la exaltacion, y bailando como las montañas en el Sir-Hasirim del rey Salomon, cayó de narices porque se le enganchó el pié en su trago brahmínico. Este incidente le hizo volver sobre sí mismo y le devolvió toda la sangre fria,

—Despertemos á nuestros durmientes, dijo Mr. Cherbonneau despues de haberse limpiado las rayas de polvos colorados con que se habia estriado el rostro y de haberse quitado el trage de brahma, y colocándose delante del cuerpo del conde Labinski, habitado por el alma de Octavio, hizo los pases necesarios para sacarle del estado sonambólico, sacudiendo á cada gesto los dedos, cargados con el fluido que quitaba.

Al cabo de algunos minutos, Octavio Labinski [en adelante le designaremos así para la mejor inteligencia del relato] se incorporó, se pasó las manos por los ojos y dirigió á su alrededor una mirada de asombro que la conciencia de sí mismo no iluminaba aún. Cuando le volvió la percepcion de los objetos, lo primero que vió fué un cuerpo acostado sobre un diván. Se veia, no reflejado por la luna de un espejo, sino en la realidad. Dió un grito; pero este grito no resonó con el timbre de su voz, lo cual le produjo algo de miedo;—el cambio de las almas se habia verificado durante el sueño magnético; no guardaba de ello memoria y experimentaba un extraño malestar. Su pensamiento, ser-

vido por nuevos órganos, era como un obrero á quien le quitasen las herramientas de su uso ordinario y le diesen otras. Psyquis desterrada, batia sus alas inquietas en el interior de aquel cráneo desconocido y se perdia en las membranas de un cerebro, donde se encontraban aún las huellas de ideas extrañas.

—Vamos á ver, dijo el doctor, cuando hubo juzgado suficientemente de la sorpresa de Octavio Labinski, ¿qué os parece de vuestra nueva habitacion? Se ha instalado bien vuestra alma en el cuerpo de este hermoso caballero, hetmann, hospedar ó magnate, marido de la mujer mas bella del mundo? Ya no tendreis ganas de dejaros morir, como queriais la primera vez que os ví en vuestra triste habitacion de la calle de San Lázaro, ahora que las puertas del palacio Labinski están abiertas de par en par á vuestro paso, y que no teneis miedo á que Prascovia os ponga la mano delante de la boca, como en la *villa* Salviati, cuando querais hablarle de amor. Ya veis que el viejo Baltasar Cherbonneau con su figura de mono, que no deseo cambiar por ninguna otra, posee aún en su saco de trampas algunas buenas recetas.

—Doctor, contestó Octavio Labinski, teneis el poder de un dios, ó por lo menos de un demonio.

—¡Oh! lo que es por ahí no tengais miedo; no hay ninguna diablura en todo esto. Vuestra salvacion no peligra en lo mas mínimo, porque no os he de obligar á firmar un pacto con una rúbrica roja. Nada tan sencillo como lo que acaba de ocurrir. El Verbo, que ha creado la luz, puede muy bien romper las ligaduras de un alma. ¡Oh! si los hombres quisiesen escuchar á Dios á través del tiempo y del infinito, harian cosas mucho mas notables.

—¿De qué manera; en qué forma podré pagaros este servicio?

—A mí nada me debeis; me ha interesado vuestra suerte, y para un viejo Lascar como yo, curtido para todos los soles, empedernido para todos los sucesos, una emocion es una cosa bastante rara. Me habeis revelado vuestro amor y debeis saber que nosotros, los soñadores, que tenemos un poco de alquimistas, otro poco de magos y otro poco de fi-

lósofos, vamos siempre mas ó menos en busca de lo absoluto. Pero levantaos, moveos, andad y ved si vuestra nueva piel no dificulta los movimientos.

Octavio Labinski obedeció al doctor dando algunas vueltas por el cuarto y encontró ya menos embarazo. Aunque habitado por otra alma, el cuerpo del conde conservaba el impulso de sus antiguos hábitos, y el nuevo huésped se entregó á sus resabios físicos porque le importaba mucho tomar el paso, el aire y el ademan del propietario expulsado.

—Si no hubiese realizado con mis propias manos el cambio de vuestres almas, dijo riéndose el doctor Baltasar Cherbonneau, creeria que nada extraordinario se habia verificado esta noche y os tomaria por el verdadero, legítimo y auténtico conde lituaniense Olaf de Labinski, que está durmiendo todavía dentro de la crisálida que habeis abandonado desdeñosamente. Pero van á dar las doce ahora mismo; marchaos á casa en seguida, no sea que Prascovia os riña, con razon, por haber preferido á su compañía el sacanete ó el tresillo. Es preciso que no deis comienzo á vuestra vida de esposo con una disputa, porque esto seria de mal agüero. Mientras tanto yo me entretendré en despertar con todas las precauciones y cuidados que en realidad merece, á vuestra antigua envoltura.

Octavio Labinski comprendió cuán justas eran las observaciones del doctor y se apresuró á salir. A la puerta de la calle piafaban impacientes los dos magníficos caballos bayos del conde, los cuales, al relinchar, cubrian de espuma el pavimento.—Al oir los pasos del jóven, un volante, vestido de verde, de la perdida raza de los Heyducos, saltó al suelo y lo hizo resonar con estrépito. Octavio, que se habia dirigido maquinalmente en el primer momento hácia su modesto carruaje, tomó asiento en el alto y magnífico *coupé* y le dijo al volante, para que se lo repitiese al cochero: «¡A casa!» Apenas cerrada la portezuela, los caballos partieron al galope, y el digno sucesor de los Almanzor y de los Azolan, se suspendió á los largos cordones de pasamanería con una ligereza que no era de sospechar en su colosal estatura.

Para caballos de tanto empuje, no era largo el trecho que média entre la calle del Regard y el faburgo Saint-Honoré, así es que fué devorado en muy pocos minutos y el cochero gritó con voz estentórea: ¡Abrid la puerta!

Las dos inmensas hojas, empujadas por el suizo, abrieron ancho paso al carruaje, el cual dió la vuelta en un inmenso patio enarenado y fué á detenerse con una precision admirable bajo de un toldo rayado de blanco y rosa.

El patio, que Octavio Labinski reconoció hasta en sus menores detalles con esa rapidez de vision que el alma adquiere en ciertas ocasiones solemnes, era vasto, lo formaban algunas paredes simétricamente construidas, y lo iluminaban unas lámparas de bronce en las que el gas ardia dentro de campanas de cristal, parecidas á las que en otro tiempo adornaban el Bucentauro y que daban un aspecto de palacio mas bien que de casa particular; algunos cajones de naranjos, dignos de la esplanada de Versalles, se hallaban colocados de trecho en trecho sobre el márgen de asfalto que cerraba como un bordado el tapiz de arena que constituia al centro del piso.

El pobre enamorado, al echar el pié á tierra, acordóse de su disfraz y tuvo que detenerse algunos segundos y llevarse la mano al corazon para contener los latidos. Es verdad que llevaba el cuerpo de Olaf Labinski, pero solo le poseia en la apariencia física; todas las ideas, todos los conocimientos que contenia el cerebro habian desaparecido al marcharse el alma del primer propietario;—la casa, que desde aquel momento le pertenecia, le era desconocida ó ignoraba por completo su disposicion interior;—delante de él presentábase una escalera por la cual se decidió á subir, aun á peligro de equivocarse y de tener que decir que iba distraido.

Los escalones de piedra apomezada eran de una blancura infinita y hacian resaltar el color rojo de una larga tira de moqueta, sujeta por unas varillas de cobre dorado, que les señalaba á los piés su blando camino; algunas jardineras, llenas de exquisitas flores exóticas, se veían en los extremos de las gradas por que se subia.

U na nmenisa lámp ara formando cuadros y colgadad

un grueso cordon de seda púrpura, adornado con borlas y nudos, arrojaba un haz de rayos de oro sobre las paredes vestidas con estuco blanco, pulimentado como el mármol, y proyectaba su luz sobre una repeticion del mismo autor, de uno de los grupos mas célebres de Canova, *El amor abrazando á Psyquis.*

La meseta del único tramo de la escalera estaba pavimentada de mosáicos, formando un precioso dibujo. Unos cordones de seda sostenian en las paredes cuatro cuadros de Paris Bordone, Bonifazzio, Palma el Viejo y Paul Veronese, cuyo estilo arquitectural y pomposo armonizaba muy bien con la magnificencia de la escalera.

Frente al rellano se abria una gran puerta de jerga llena de clavos dorados; Octavio Labinski la empujó y se encontró en un ancho recibimiento, donde dormitaban algunos lacayos, vestidos de gran librea. A su aproximacion se levantaron como movidos por un resorte, y se pegaron á las paredes con la impasibilidad de los esclavos orientales.

Continuó su camino. Un salon blanco y dorado donde no habia nadie seguia á la antecámara. Octavio tiró de un llamador y acto continuo se presentó una camarera.

—La señora está visible?

—La señora condesa estaba á punto de desnudarse, pero en seguida se podrá entrar á verla.

VII

Cuando el doctor Cherbonneau se encontró á solas con el cuerpo de Octavio de Saville habitado por el alma del conde Olaf Labinski, se puso á trabajar para devolver á esta forma inerte su vida ordinaria. Al cabo de algunos pases, Olaf de Saville [permítasenos reunir estas dos palabras para designar un personaje doble], salió como un fantasma de los limbos del profundo sueño, ó mejor aun, de la catalepsia que le encadenaba, inmóvil y yerto, al ángulo del diván. Se levantó por medio de un movimiento automático, que aun no dirigia la propia voluntad, y tambaleándose bajo la influencia de un vértigo mal disipado. Los objetos vacilaban á su alrededor; las encarnaciones de Wishnu bailaban á lo largo de las paredes, el doctor Cherbonneau se le aparecia bajo la figura del sannyasi de Elefanta, agitando los brazos como si fuesen las alas de un pájaro, y moviendo sus pupilas azules en aquellas órbitas formadas por las morenas arrugas, parecidas á los círculos de unas gafas;—los extraños espectáculos á que habia asistido antes de caer en el anonadamiento magnético recobraban sobre su razon, y lentamente iba volviendo á la realidad; estaba como el durmiente que se despierta de pronto, tras de haber sido víctima de una pesadilla, y toma por espectros y les dá formas humanas á los vestidos que se hallan diseminados por encima de los muebles, y por ojos

encendidos de cíclope los rosetones de cobre que sostienen las cortinas y que se hallan iluminados por la pálida luz de la lamparilla.

Poco á poco evaporóse toda esta fantasmagoría y todo acabó por adquirir su aspecto natural; Mr. Baltasar Cherhonneau no era ya un penitente de la India, sino un simple doctor en medicina que dirigia á su cliente una sonrisa que retrataba su natural bondad.

—¿Ha quedado satisfecho el señor conde de los experimentos que he tenido el honor de hacer en su presencia? preguntó el doctor en un tono de obsequiosa humildad en la que se hubiera podido descubrir una ligera ironía:—me atrevo á esperar que el señor conde no se olvidará de esta noche y que se marchará convencido de que todo cuanto se cuenta respecto al magnetismo, no es fábula ó burla como pretende la ciencia oficial.

Olaf de Saville contestó por medio de una inclinacion de cabeza que indicaba su conformidad, y salió acompañado por el doctor Cherbonneau que á cada puerta le hacia profundos saludos.

El cochero adelantó el carruaje hasta la puerta, y el alma del marido de la condesa Labinska subió en compañía del cuerpo de Octavio de Saville, sin darse cuenta de que ni aquella era su librea, ni aquel su carruaje.

El cochero preguntó adónde iban.

—A casa, contestó Olaf de Saville, confusamente sorprendido por no haber reconocido la voz del criado de la casaca verde que ordinariamente le dirigia aquella pregunta con un acento húngaro muy pronunciado. El carruaje en que se encontraba estaba tapizado de damasco azul oscuro y no de satin dorado, que era el color del forro de su *coupé*. Al conde le extrañó esta diferencia, pero la aceptó como se hace ordinariamente en los sueños, donde los objetos mas comunes se nos presentan bajo formas muy variadas, sin que por ello dejemos de reconocerlos; parecíale que era mas pequeño que de ordinario; por otra parte, creia recordar que iba puesto de levita á casa del doctor, y sin que pudiese acordarse que habia cambiado de trage, se encontraba vestido con un paletot de verano

de tela muy ligera, que no habia formado nunca parte de su guardaropa; su espíritu experimentaba una tortura desconocida, y las ideas, que por la mañana eran tan lúcidas, se desenvolvian ahora con muchísimo trabajo. Atribuyendo tan singular estado á las extrañas escenas que habian tenido lugar aquella noche, procuró olvidarse de todo, y apoyando la cabeza en el ángulo del carruaje, se entregó en brazos de un sueño flotante, de una vaga somnolencia que no era ni estar durmiendo ni despierto.

La brusca detencion del caballo y la voz del cochero que gritaba: «¡Abrid la puerta!» le llamaron de nuevo á sí; bajó el cristal, sacó afuera la cabeza y vió á la claridad del reverbero una calle desconocida y una casa que en nada se parecia á la suya.

—¿Adónde me has llevado, animal? exclamó Olaf de Saville. ¿Acaso es esto el faubourg Saint-Honoré, ni la casa Labinski?

—Dispense vd., señor, es que no habia entendido bien, murmuró el cochero, haciendo tomar al caballo la direccion indicada.

Durante el trayecto, el conde trasfigurado, se dirigió muchas preguntas, á las que no sabia qué contestar. ¿Cómo se habia ido su carruaje, siendo así que le habia dado órden para que se aguardase? ¿Cómo era que él mismo se habia metido en el carruaje de otro? Supuso que un ligero ataque de fiebre enturbiaba la limpidez de sus percepciones, ó que el doctor taumaturgo, para excitar mas vivamente su credulidad, le habia hecho respirar durante su sueño algun frasco de haschich ó de cualquiera otra droga alucinadora, y esperaba que una noche de reposo disiparia las ilusiones.

Llegó el carruaje á la casa Labinski, y el suizo interpelado, se negó á abrir la puerta, diciendo que los señores no recibian aquella noche, que el señor conde hacia mas de una hora que habia vuelto, y que la señora condesa se habia retirado á sus habitaciones.

—Pícaro, ¿estás borracho ó te has vuelto loco? dijo Olaf de Saville, recriminando al coloso que se levantaba gigantescamente en el dintel de la puerta medio cerrada, como

una de esas estátuas de bronce que en los cuentos árabes impiden á los caballeros andantes la entrada en los castillos encantados.

—Quien está loco ó borracho es vd., señorito,—replicó el suizo, á quien el color carmesí del rostro se le cambió en azul, gracias á la cólera.

—¡Miserable! rugió Olaf de Saville, si no me tuviese algun respeto á mí mismo.....

—Calle vd. ó le hago pedazos sobre mi rodilla para arrojarlos luego al arroyo, dijo el gigante, abriendo una mano mas ancha y mas grande que aquella tan colosal que tiene á la puerta de su casa el guantero de la calle de Richelieu; bueno será, caballerito, que dejo de gastarme bromas aunque se haya bebido de mas, un par de botellas de Champagne.

Olaf de Saville, desesperado, empujó al suizo tan rudamente que logró atravesar la puerta. Algunos criados que aun no se habian acostado, acudieron al altercado.

—Yo te despido, animal, mal educado! No quiero que pases la noche en mi casa. Vete en seguida si no quieres que te mate como á un perro rabioso. ¡No me hagas derramar la vil sangre de un lacayo!

Y el conde, desposeido de su cuerpo, se arrojó con los ojos inyectados de sangre, la boca llena de espuma y los puños crispados, hácia el enorme suizo, el cual, sujetando las manos de su agresor con una de las suyas, las contuvo y casi se las aplastó bajo la presion de sus dedos pequeños, gruesos y nudosos como los de un tortícero de la Edad Média.

—Vamos, tenga vd. calma, decia el gigante, bastante bondadoso en el fondo, que no temia ni poco ni mucho á su adversario, y al cual le daba algunas sacudidas para mantenerle á respetuosa distancia. Se necesita muy poco talento para ponerse en tal estado, un hombre que viste como las personas decentes, é irse despues como un camorrista, á promover escándalos nocturnos en casas respetables. ¡Todo lo consigue el vino y debe ser bueno el que le ha puesto á vd. en tal estado! Dé vd. gracias á su estado; por él no le apaleo y me contento con ponerle tranquilamente á la puerta de la calle, donde la policía se encarga-

rá de llevárselo si continúa promoviendo escándalos. El aire de la noche le hará á vd. un gran bien y le refrescará las ideas.

—¡Infames! gritó Olaf de Saville, interpelando á los lacayos, dejais que ese canalla abyecto insulte á vuestro señor el noble conde Labinski.

Al pronunciar este nombre, los criados, como de comun acuerdo, dieron un grito y soltaron una enorme carcajada homérica y convulsiva que levantó todos aquellos pechos cubiertos de galones.

—¡Conque este hombrecillo se cree nada menos que el conde Labinski! !Já! ¡já! ¡já! la idea no deja de ser graciosa.

Un sudor glacial mojó las sienes de Olaf de Saville. Un pensamiento agudo le atravesó el cerebro como un punzon de acero y sintió que se le coagulaba la médula de los huesos. ¿Le habia puesto Smarra su rodilla sobre el pecho ó aun vivia la vida real? ¿Se habia perdido su razon en el océano sin fondo del magnetismo, ó era juguete de una maquinacion diabólica?—Ninguno de aquellos lacayos que antes estaban tan temblorosos, tan sumisos y tan prosternados en su presencia, le reconocian ahora. ¿Le habian cambiado el cuerpo como los vestidos y el carruaje?

—Para que se convenza vd. de que no es ni con mucho el conde Labinski, dijo uno de los mas insolentes del grupo, mire hácia el fondo del patio y le verá á él en persona que baja las escaleras á causa del ruido y del escándalo que está vd. dando.

El cautivo del suizo volvió los ojos al punto que se le indicaba, y vió de pié, en el rellano de la escalera, á un jóven de talle elegante y esbelto, de rostro ovalado, con los ojos negros, la nariz aquilina y el bigote fino, el cual no era otro que él mismo, ó su espectro modelado por el diablo y con un parecido asombroso.

El suizo soltó las manos que retenia prisioneras. Los criados se arrimaron á la pared con los ojos bajos, las manos caidas á los lados y en una inmovilidad absoluta, como los icoglanes á la aproximacion del gran señor, y con-

cedieron á aquel fantasma los honores y distinciones que negaban al verdadero conde.

El marido de Prascovia, aunque intrépido como un esclavo, que es cuanto se puede decir, sintió un espanto indecible al aproximarse aquel Menechmo, que, mas terrible que el del teatro, se mezclaba en su vida real é impedia que fuese reconocido su mellizo.

Entonces le vino á la memoria una antigua leyenda, tradicional en la familia, y esto aumentó aun mas su terror. Cada vez que debia morir un Labinski se notaba la aparicion de un fantasma completamente parecido á él.

Entre los habitantes del Norte el verse uno doble aunque sea soñando, ha pasado siempre como un presagio fatal, y el intrépido guerrero del Cáucaso, en presencia de esta vision exterior de sí mismo, fué sobrecogido por un inconcebible horror supersticioso. Aquel que hubiera metido sin escrúpulo su brazo en la boca de un cañon en el momento de disparar, retrocedió delante de sí mismo.

Octavio Labinski se adelantó hácia su antigua forma, en la que se agitaba, se indignaba y temblaba el alma del conde, y le dijo de una manera políticamente altiva y glacial:

—Caballero, deje vd. de comprometerse con los criados. El señor conde de Labinski, si es que vd. necesita hablar con él, estará á su disposicion desde las doce hasta las dos de la tarde. La señora condesa recibe los juéves á las personas que tienen el honor que le sean presentadas.

Dichas estas palabras poco á poco, como para dar á cada sílaba todo su valor, retiróse el falso conde con paso tranquilo, y las puertas de la escalera se cerraron tras de él.

Se llevaron á Olaf de Saville en el carruaje, completamente desvanecido. Cuando recobró los sentidos, estaba acostado en una cama que no tenia la forma de la suya, y en una habitacion donde jamás habia entrado: á su lado habia un criado desconocido que levantó la cabeza y le hizo respirar un pomo de éter.

—El señorito se encuentra mejor? le preguntó Juan al conde, creyendo que era Octavio.

—Sí, contestó Olaf de Saville, no he tenido mas que una debilidad pasajera.

—Puedo retirarme, ó continuaré velando?

—No, quiero quedarme solo; pero antes de retirarte enciende las bujías de junto al espejo.

—El señorito no tiene miedo á que una luz tan viva no le dejo dormir?

—De ningun modo, porque no tengo sueño.

—Yo no me acostaré, de suerte que si el señorito quiere alguna cosa, no tiene mas que tocar el timbre para que acuda en el acto, dijo Juan, á quien interiormente habian alarmado la palidez y las descompuestas facciones del conde.

Cuando Juan se retiró despues de haber encendido las bujías, el conde se arrojó hácia el espejo y en el cristal profundo y puro donde temblaba el brillo de las luces, vió una cabeza jóven, dulce y triste, con abundantes cabellos negros, con las pupilas de un azul sombrío, las mejillas pálidas adornadas con una barba sedosa y negra, una cabeza, en fin, que no era la suya y que desde el fondo del espejo le miraba con cierta sorpresa. Quiso hacerse la ilusion de que un mal intencionado ponia su cabeza en el centro del marco, incrustado de cobre y concha, que debia encerrar una luna veneciana. Pasó su mano por detrás y no tocó mas que la madera que sujetaba el cristal: ¡no habia nadie!

Se miró las manos y eran mas delgadas, mas largas y mas llenas de venas que las suyas. En el dedo anular llevaba una gruesa sortija de oro con una venturina, sobre la que se veia grabado un blason. Este escudo representaba sobre un campo de gules y de plata, una diadema de baron. Semejante anillo no habia pertenecido nunca al conde, en cuyas armas se veia sobre campo de oro un águila con las alas abiertas, mirando al sol, con el pico, las patas y las uñas tambien doradas y una corona de perlas. Registróse los bolsillos y encontró un pequeño porta-moneda que contenia varias tarjetas de visita con este nombre: «Octavio de Saville.»

La risa de los lacayos del hotel Labinski, la aparicion de aquel sér que tanto se le asemejaba, la fisonomía desconocida que habia sustituido á la suya en la reflexion del espejo, podian ser solamente las ilusiones de un cerebro enfermo; pero este trage tan distinto, esta sortija que llevaba en el dedo, eran pruebas materiales y palpables; eran, en una palabra, testimonios que era de todo punto imposible el recusar. Una metamórfosis completa se habia operado en él. Un mago seguramente, un demonio quizás, le habia robado su forma, su nobleza, su nombre, toda su personalidad, y no le habia dejado mas que su alma sin medios directos para manifestarse.

Los cuentos fantásticos de Pedro Schlemil y de la noche de San Silvestre, le vinieron á la memoria, pero los personajes de Lamotte-Fouqué y de Hoffmann, solo habian perdido su sombra el uno y su reflejo el otro. Y sin embargo, si esta extraña falta de una proyeccion que todo el mundo posee suscitaba sospechas poco tranquilizadoras, en cambio nadie les negaba que fuesen ellos mismos.

Su situacion era mucho mas desastrosa: no podia reclamar su título de conde de Labinski mientras conservase la forma que le aprisionaba, y pasaria á los ojos de todo el mundo como un insolente impostor, ó cuando menos como un loco. Su misma mujer le rechazaria en vista de su mentirosa apariencia. ¿Cómo probar su identidad? Cierto es que existian mil circunstancias íntimas, mil detalles misteriosos, desconocidos para todo el mundo que, referidos á Prascovia, le harian reconocer el alma de su marido bajo aquel disfraz; pero, dado el caso de que la obtuviese, ¿bastaria esta conviccion aislada para contrarestar la unanimidad de la opinion pública? No cabia duda, estaba desposeido completamente de su personalidad. Otra duda. ¿Su trasformacion se limitaba al cambio exterior de la estatura y de las facciones, ó habitaba en realidad el cuerpo de otro sér? ¿En tal caso, qué se habia hecho el suyo? ¿Se habia consumido en un pozo de cal ó habia caido en poder de un atrevido ladron? El sugeto á quien habia visto en la casa Labinski podia ser un espectro, una vision, pero tamiqen podia ser un individuo real, vivo, instalado en

aquella piel que le habia robado con una habilidad infernal el médico de figura de fakir.

Una idea espantosa le mordió el corazon con sus dientes de víbora.

—Este conde Labinski, falsificado, se dijo, que disfruta mi cuerpo por arte del demonio; este vampiro que habita en la actualidad mi casa, á quien los criados obedecen como si fuese yo mismo, tal vez á estas horas introducirá su pié ahorquillado en aquella estancia donde yo he penetrado siempre con el corazon tan conmovido como la primera noche, y Prascovia le sonreirá dulcemente con aquel divino rubor que ilumina sus encantadoras mejillas, y reclinará su preciosa cabeza sobre aquellos hombros construidos por el demonio y tomará por mí á aquella figura mentirosa, á aquel brucolaco, á aquel horrible hijo de la noche y del infierno. Si fuese al palacio, si le prendiese fuego para tener el gusto de gritar cuando viese rodeada de llamas á Prascovia: ¡te están engañando; no es tu querido Olaf el que tienes en tus brazos!..... Pero esto es cometer un crímen abominable del que mi alma desesperada se acordaria cuando ya las eternidades se habrian cansado de volver y revolver sus relojes de arena.

Un oleaje de fuego asaltaba el cerebro del conde; daba gritos inarticulados de rabia, se mordia los puños y daba vueltas alrededor del cuarto como una fiera salvaje. La locura iba ya á invadir la oscura conciencia que le quedaba de sí mismo, pero comprendiéndolo, corrió al aguamanil de Octavio, llenó de agua la jofaina y metiendo en ella la cabeza, la sacó muy despejada con este baño frio.

Le volvió la calma. Se dijo á sí mismo que habia pasado el tiempo de la mágia y la hechicería; que solo la muerte tenia poder para desligar el alma del cuerpo y que no era fácil escamoteársela, enmedio de Paris, á un conde polaco, con bastantes millones de capital, depositados en casa de Rostchild, emparentado con las familias mas distinguidas, marido amado de una mujer bellísima y condecorado con la órden de San Andrés de primera clase. Creyó, por fin, que todo lo que estaba sucediendo no era mas que una

broma del doctor Cherbonneau, y que al fin se explicaria como una de las cosas mas naturales del mundo, como en las espantosas novelas de Ana Radcliffe.

Como estaba rendido del cansancio, se acostó en el lecho de Octavio, y tuvo un sueño pesado, opaco, parecido á la muerte, el cual duraba aún cuando Juan, creyendo que su señorito se habia despertado, entró para dejar sobre la mesa las cartas y los periódicos.

VIII

El conde abrió los ojos y paseó á su alrededor una mirada investigadora; vió un cuarto de dormir cómodo, pero sencillo; un tapiz manchado, imitando la piel del leopardo, cubria el piso; los cortinajes que Juan acababa de entreabrir eran iguales en todas las puertas y ventanas; las paredes estaban tapizadas de verde y aterciopelado que imitaba perfectamente á la tela. Un péndulo de mármol negro, una esfera de platino, coronada por la estátua de plata oxidada de la Diana de Gabies, reducida por Barbedienne, y acompañada de dos copas antiguas tambien de plata, decoraban la chimenea de mármol blanco con venas azuladas; el espejo de Venecia, donde el conde habia descubierto la noche anterior que no llevaba su cara habitual, y el retrato de una señora anciana, pintado por Flandrin, sin duda el de la madre de Octavio, eran los únicos adornos de este departamento, un poco triste y severo. Un sofá, un sillon á la Voltaire, colocado junto á la chimenea, una mesa de escribir, cubierta de papeles y de libros, componian un mueblaje cómodo, pero que no recordaba ni poco ni mucho las suntuosidades del palacio Labinski.

—El señorito se levanta ya? preguntó Juan con esa voz apagada á que se habia acostumbrado durante la enfermedad de Octavio, y presentándole al conde la camisa de color, los calzoncillos de franela y las zapatillas de Argel, que

eran el vestido que su señorito usaba regularmente por la mañana. Aun cuando al conde le repugnaba en cierto modo el ponerse la ropa de un extraño, no tuvo mas remedio que aceptar lo que le ofrecia Juan y puso los piés sobre la piel de oso, sedosa y negra, que servia de alfombra al pié de la cama.

Bien pronto quedó terminado el arreglo de Olaf de Saville, y Juan, sin que al parecer hubiese concebido la menor sospecha respecto á la identidad del falso Octavio de Saville á quien acababa de vestir, le preguntó: ¿A qué hora quiere el señorito el almuerzo?

—A la de costumbre, contestó el conde, el cual, deseando no encontrar ningun obstáculo en los trabajos que trataba de emprender para recobrar su personalidad, habia convenido en aceptar exteriormente su incomprensible trasformacion.

Juan se retiró, y Olaf de Saville abrió las dos cartas que le habian llevado con los periódicos, esperando encontrar en ellas alguna explicacion: la primera contenia algunas quejas amistosas y recordaba las buenas relaciones de antiguo camarada, que sin motivo se habian interrumpido; un hombre desconocido para él la firmaba. La segunda era la del procurador de Octavio, que le avisaba para que fuese á recoger una parte de sus rentas cobrada hacia tiempo, ó que, por lo menos, le indicase el empleo que habia de dar á aquel capital que quedaba improductivo.

—Parece, pues, se dijo el conde, que el Octavio de Saville cuya piel ocupo, muy á pesar mio, existe realmente; que no es un sér fantástico, un personaje d'Achiu d'Armiu ó de Clemente Brentano: tiene casa, amigos, un notario, rentas por gastar, en una palabra, todo cuanto constituye el estado civil de un *gentleman*. Me parece, sin embargo, que yo soy el conde Olaf Labinski.

Una mirada dirigida al espejo lo convenció de que esta opinion no la creeria nadie, porque á la pura claridad del dia como á la dudosa luz de las bujías, el reflejo era idéntico.

Continuando su inspeccion domiciliaria, abrió los cajones de la mesa de escribir: en uno encontró algunos titu-

los de propiedad, dos billetes de á mil francos, y cincuenta luises, que se metió en el bolsillo sin escrúpulos de ningun género, para las necesidades de la campaña que iba á emprender; en el otro habia una cartera de piel de Rusia, cerrada por medio de un resorte secreto.

Juan entró anunciando á Mr. Alfredo Humbert, el cual penetró en la habitacion con la familiaridad de un antiguo conocido, sin esperar á que el criado fuese á darle la respuesta de su señor.

—Buenos dias, Octavio, dijo el recien venido, que era un hermoso jóven de fisonomía franca y jovial; ¿qué haces; qué piensas hacer; estás muerto ó vivo? No se te ve en ninguna parte; te escriben y no contestas. Debia reñir contigo, pero no tengo bastante amor propio dentro de la amistad, y vengo para estrechar de nuevo tu mano.—¡Qué diablo! yo no puedo permitir que un antiguo compañero de colegio muera de melancolía en el fondo de esta habitacion tan lúgubre como la celda de Cárlos V en el monasterio de Yuste. Te has llegado á figurar que estás enfermo y te fastidias, hé ahí todo; yo te obligaré á distraerte, y en uso de mi autoridad, te voy á llevar á un alegre almuerzo en el que Gustavo Raimbaud entierra su libertad de soltero.

Despues de esta relacion, á la que dió un tono medio sério y medio cómico, cogióle la mano al conde y se la estrechó segun el uso inglés.

—No, le contestó el marido de Prascovia, acordándose del papel que estaba desempeñando, hoy sufro mas que de ordinario; no me siento en disposicion de ir á una broma, de suerte que en vez de alegrarme vuestra comida seria un motivo de tristeza.

—Efectivamente, estás muy pálido y tienes el aire de la fatiga; ¡qué buena ocasion pierdes! Me voy corriendo, porque me está haciendo falta el comer tres docenas de ostras y el beber una botella de Sauterne, dijo Alfredo dirigiéndose hácia la puerta:

—¡Cuánto sentirá Raimbaud el que no acudas!

Esta visita aumentó la tristeza del conde: Juan le to-

maba por su señor, Alfredo por su amigo. Una última prueba le faltaba. Abrióse la puerta, una señora, en cuyos cabellos se entremezclaban algunos hilos de plata, y que se parecia de una manera extraordinaria al retrato que habia colgado á la pared, entró en el cuarto, se sentó en el sofá y dijo al conde:

—¿Cómo te encuentras, querido Octavio? Juan me ha dicho que anocho volviste muy tarde y en un estado extraordinario de debilidad; cuídate mucho, hijo mio, porque tú sabes lo que te quiero á pesar de la pena que me causa esa inexplicable tristeza que te devora, y cuyo orígen aun no me has querido decir.

—No tengas miedo, madre mia, esto no ofrece ninguna gravedad, contestó Olaf de Saville; me encuentro mucho mejor que estos últimos dias.

Madama de Saville, confiada en las palabras del que creia su hijo, se levantó y marchóse, porque sabia que á este no le gustaba ni poco ni nada, que le turbasen en su soledad.

—Pues señor, decididamente me he convertido en Octavio de Saville, exclamó el conde cuando hubo salido la señora; su madre me reconoce y no adivina un alma extraña bajo la epidermis de su hijo. Quizás para siempre me veo encerrado en esta envoltura. ¡Se puede dar al alma prision mas extraña que el cuerpo de otro! Es duro el tener que renunciar á ser el conde de Olaf Labinski, perder sus armas, su mujer, su fortuna, y verse reducido á una triste y vulgar existencia. ¡Ah! yo rasgaré para salir de ella esta piel de Nessus que se une á mi sér, y la arrojaré hecha girones á los piés de su dueño. ¡Si volviese al palacio! ¡No! Daria un escándalo inútilmente y el suizo me pondria á la puerta de la calle, porque yo no tengo valor ni fuerza desde que visto este trage de enfermo; vamos á ver, procuremos averiguar algo de la vida de este Octavio de Saville, cuyo papel desempeño yo mismo. Trató de abrir la cartera. Casualmente dió con el resorte y quedóse abierta á su curiosidad. El conde sacó de los bolsillitos de cuero muchos papeles, ennegrecidos por un escrito menudo y estrecho; despues encontró un pedacito de vitela, so-

bre el que una mano poco hábil, pero fiel, habia dibujado con la memoria del corazon y con el parecido que pocas veces consiguen los grandes artistas, un retrato al lápiz de la condesa Prascovia Labiuska. Era imposible no reconocerla á la primera mirada.

El conde quedóse estupefacto ante este descubrimiento. A la sorpresa sucedió un furioso movimiento de celos. ¿Cómo se encontraba el retrato de la condesa en la cartera secreta de aquel jóven desconocido? ¿De dónde lo habia sacado, quién lo habia hecho, quién se lo dió? ¿Aquella Prascovia, tan religiosamente adorada, habria descendido de su cielo de amor á una intriga vulgar? ¿Qué burla infernal le habia encarnado á él, el marido, en el cuerpo del amante de aquella mujer á quien hasta entonces habia creido tan pura?—¡Tras del esposo, iba á ser el amante! ¡Sarcástica metamórfosis, cambio de posicion copaz de volverle loco, porque merced á ella podia engañarse á sí, ser á un tiempo mismo Clitandro y Jorge Dandin!

Todas estas ideas hervian tumultuosamente en su cerebro; comprendia que su razon estaba pronta á perderse, é hizo, para recobrar la calma, un esfuerzo supremo de voluntad. Sin escuchar á Juan que estaba diciéndole que el almuerzo le esperaba en la mesa, continuó con un temblor nervioso el exámen de la cartera.

Las hojas formaban una especie de diario psicológico abandonado y vuelto á emprender en diferentes épocas; hé aquí algunos fragmentos que el conde devoró con una suprema ansiedad:

«¡Ella no me querrá nunca, nunca, nunca! He leido en sus dulces ojos aquella frase tan cruel, tan cruel, que Dante no encontró otra mas dura para escribirla sobre las puertas de bronce de la Ciudad Doliente: *Perded toda esperanza* ¿Qué mal le he causado á Dios para que me condene en vida? ¡Mañana, el dia siguiente, y siempre estaré en la misma situacion! Los astros pueden entrecruzar sus órbitas, las estrellas en conjuncion unirse, pero en mi destino nada se puede cambiar. Con una sola palabra ha disipado el sueño; con un gesto ha roto sus alas á la quimera. Las combinaciones fabulosas de los imposibles no me ofrecen

ninguna ventaja; las cifras, arrojadas un millar de veces en la rueda de la fortuna, no saldrán nunca, ¡no hay número posible para ganar yo!

«¡Cuán desgraciado soy! Sé que el paraíso está cerrado para mí, y sin embargo, permanezco estúpidamente sentado á su entrada y reclinado sobre su puerta, que nunca se abrirá, y lloro en silencio, sin agitacion, sin esfuerzos, como si mis ojos fuesen dos fuentes de agua. No tengo suficiente valor para levantarme y penetrar en el desierto inmenso ó en la Babel tumultuosa de los hombres.

«Algunas veces, cuando durante la noche me es imposible el dormir, me acuerdo de Prascovia y si duermo la sueño;—¡ah, cuán bella estaba aquel dia en el jardin de la villa Salviati, en Florencia!—¡Aquel trago blanco, adornado con un cinturon negro, era precioso y fúnebre! ¡El blanco para ella, el negro para mí! ¡Algunas veces las caidas, agitadas por el aire, formaban una cruz sobre el fondo blanco, y mi espíritu invisible decia en voz baja la misa de difunto de mi corazon!

«Si alguna catástrofe inaudita pusiera sobre mi frente la corona de los emperadores y de los califas; si la tierra sangrase para mí sus venas de oro; si las minas de diamantes de Golconda y de Visapur me dejason escarbar sus brillantes gargantas; si la lira de Byron resonase bajo mis dedos; si las obras maestras del arte antiguo y moderno me prestasen sus bellezas; si, en una palabra, yo llegase á descubrir un mundo, no por ello habria adelantado algo.

«¿Cuál es mi destino?—Tenia deseos de ir á Constantinopla y allí no la hubiera encontrado; me quedo en Florencia, la veo y me muero.

«De buena gana me suicidara; pero ella respira el aire en que vivimos y quizás mi labio aspire en su avidez—¡oh dicha inefable!—un efluvio lejano de su soplo embalsamado, y si por acaso fuese desterrada mi alma culpable á otro planeta, tampoco tendré la esperanza de que me ame en la otra vida.—Y estar aun separados allá, lejos, ella en el paraíso, yo en el infierno: ¡pensamiento horrible!

«¿Por qué he de amar precisamente á la única mujer que

no puede amarme? Otras que pasaban por hermosas y que eran libres, me sonreian con su mas tierna sonrisa, y parecia que buscaban una declaracion que nunca llegaba. ¡Oh, cuán feliz debe ser él! ¿Qué habrá hecho en su vida anterior que Dios le recompensa con el magnífico dón de su amor?»

.....Era inútil leer más. Las sospechas que el conde habia podido concebir en vista del retrato de Prascovia, se habian desvanecido desde las primeras líneas de estas tristes confidencias. Comprendió que la imágen querida, retocada mil veces, habia sido acariciada lejos del modelo con esa paciencia infatigable del amor desgraciado y que era la Vírgen de una capillita mística, delante de la cual se arrodillaba la adoracion sin esperanza.

—Pero y si este Octavio hubiese hecho un pacto con el demonio para robarme el cuerpo y sorprender bajo mi misma forma el amor de Prascovia!.....

Era tan increible enmedio del siglo XIX semejante suposicion, que la tuvo que desechar en seguida, á pesar de que le habia turbado de una manera extraña.

Sonriéndose de su propia credulidad, comióse algo enfriado el desayuno que le habia servido Juan, vistióse y pidió el carruaje. Cuando estuvo arreglado hizo que le condujesen á casa del doctor Baltasar Cherbonneau; atravesó aquellos salones donde habia penetrado el dia anterior llamándose aún el conde Olaf Labinski, y de donde habia salido saludado por todos con el nombre de Octavio de Saville. El doctor estaba sentado, como de ordinario, en el diván del último salon, con un pié entre sus manos y como sumido en una profunda meditacion.

Al ruido de los pasos del conde levantó la cabeza:

—¡Ah! sois vos, mi querido Octavio; iba á visitaros en vuestra casa, pero es una buena señal que el enfermo venga á ver á su médico.

—¡Siempre Octavio, exclamó el conde, ¡creo que la rabia va á volverme loco! Despues, cruzando los brazos y encarándose con el doctor, le dijo mirándole con una terrible fijeza:

—Demasiado sabeis, Mr. Baltasar Cherbonneau, que yo no soy Octavio, sino el conde Olaf Labinski, supuesto que ayer por la noche me robásteis, aquí mismo, la piel, por medio de vuestra exótica hechicería.

Al oir estas palabras, el doctor soltó una enorme carcajada, se echó sobre los almohadones y se puso las manos en los costados para contener las convulsiones de su alegría.

—Moderad, doctor, esa intempestiva jovialidad, de la cual os podriais arrepentir. Hablo formalmente.

—Tanto peor para vos, porque esto probaria que la anesthesia y la hipocondría, cuyas enfermedades son la causa de que yo os asista, degeneran en demencia. Será preciso que mudemos de régimen, para poneros bien.

—¡No sé cómo me contengo, doctor del diablo, y no os he extrangulado ya por mis propias manos! exclamó el conde adelantándose hácia Cherbonneau.

El doctor se sonrió ante las amenazas del conde, y tocándole con la punta de una varillita de acero, le hizo experimentar una conmocion terrible, hasta el punto de creer que le habian roto un brazo.

—Nosotros poseemos medios bastantes para domar á los enfermos cuando se insubordinan, dijo el doctor dejando caer sobre él su mirada fria como una ducha, medios que sujetan á los locos y hacen arrastrarse por el suelo á los leones. Volveos á casa, tomad un baño y se calmará la sobreexcitacion en que os encontrais.

Olaf de Saville, aturdido por la corriente eléctrica, salió de casa del doctor Cherboneau mas incierto y turbado que nunca. Hizo que el cochero le condujese á Passy, á casa del doctor B***, á quien queria consultar.

—Me encuentro, dijo al célebre médico, propenso á una extraña alucinacion: cuando me miro á un espejo, el rostro me parece con facciones distintas; la forma de los objetos que me rodean varía; no reconozco ni las paredes ni los muebles de mi habitacion, y acabo por creer que soy otra persona distinta.

—¿Bajo qué aspecto os veis? preguntó el médico; el error puede ser hijo del cerebro ó de los ojos.

—Me veo con los cabellos negros, los ojos de un azul subido, el rostro pálido y con barba.

—Las señas inscritas en un pasaporte no serian mas exactas. No padeceis ni alucinacion intelectual, ni perversion de la vista. Sois efectivamente tal cual decís.

—¡De ningun modo! Yo tengo los cabellos rubios, los ojos negros, el cútis tostado y el bigote retorcido á lo húngaro.

—Ah!, repuso el doctor, empieza una ligera alteracion de las facultades intelectuales

—Es decir, doctor, que no estoy completamente loco?

—Sin duda. Un poco de fatiga, algun exceso de estudio ó de placer, habrá causado esa turbacion. Os equivocais vos mismo; la vision es real, la idea es quimérica; en vez de ser un rubio que se ve moreno, sois un moreno que se cree rubio.

—Sucede además que tengo el convencimiento de que soy el conde Olaf Labinski, y todos, desde ayer, me llaman Octavio de Saville.

—Eso es precisamente lo que yo os decia. Vos sois Mr. de Saville y os imaginais ser el conde Labinski, á quien recuerdo haber visto varias veces y que es efectivamente rubio. De esta manera se explica muy bien el por qué de que encontreis en el espejo una cara distinta de la que esperabais; esa cara, que es la vuestra, no responde á vuestra idea interior y os sorprende. Reflexionad mucho sobre eso de que todos os llamen Octavio de Saville, y que por lo mismo no participen de vuestra creencia. Venid á pasar quince dias conmigo: los baños, el reposo, los paseos por debajo de los grandes árboles, disiparán esa influencia perjudicial.

El conde inclinó la cabeza hácia el suelo y prometió el volver. No sabia qué creer.

Fué á su casa de la calle de San Lázaro, vió casualmente, encima de la mesa, la tarjeta de invitacion de la con-

desa Labinska que Octavio le había señalado al doctor Cherbonneau.

—¡Con este talismán, exclamó, podré ir á verla mañana!

IX

Cuando los criados habian metido ya en su carruaje al verdadero conde Labinski, arrojado de su paraíso terrenal por el falso ángel guardian que estaba de pié sobre el rellano, el Octavio trasfigurado entró en el saloncito blanco y dorado para esperar á la condesa.

Apoyado sobre el blanco mármol de la chimenea, cuyo hogar estaba lleno de flores, se veia reproducido en el fondo del espejo, colocado simétricamente sobre la consola de piés tallados y dorados. Aun cuando estaba en el secreto de su metamórfosis, ó mejor dicho, de su trasposicion, apenas podia formarse idea de que aquella imágen, tan diferente de la suya, fuese la reproduccion de su propia figura, así es que no podia apartar los ojos de aquel fantasma extraño que se habia convertido en él mismo. Se miraba y veia á otro. Involuntariamente se preguntaba si el conde Olaf no estaba apoyado junto á él sobre la meseta de la chimenea y proyectaba en el espejo su reflejo. Sin embargo, no habia nadie mas que él: el doctor Cherbonneau habia hecho el cambio muy á conciencia.

Al cabo de algunos minutos, Octavio Labinski se olvidó del maravilloso *avatar* que habia pasado su alma al cuerpo del marido de Prascovia, y sus pensamientos tomaron un camino mas conforme con su situacion. ¡Este suceso increible, separado de todas las posibilidades y que la es-

peranza mas quimérica no hubiera soñado en su delirio, habia llegado! ¡Iba á encontrarse frente á frente de la hermosa criatura á quien adoraba y ella no le podia rechazar! ¡La única combinacion que tenia el poder de conciliar su felicidad con la inmaculada virtud de la condesa, se habia realizado!

Cerca ya del momento supremo, su alma experimentaba luchas y ansiedades horribles: los temores del verdadero amor le hacian desfallecer como si aun habitase la despreciada forma de Octavio de Saville.

La presencia de la camarera puso fin al tropel de pensamientos que le combatian. Al acercarse no pudo dominar un sobresalto nervioso y toda la sangre le afluyó al corazon cuando ella le dijo:—La señora condesa le aguarda.

Octavio Labinski siguió á la camarera, porque desconocia el reparto de la casa, y no queria revelar su ignorancia con la incertidumbre de su marcha.

La camarera le introdujo en una sala bastante grande que no era otra cosa que una especie de tocador adornado con todos los detalles del lujo mas delicado. Una armariada de maderas preciosas esculpidas por Knecht y Lienhart, cuyas secciones estaban separadas por columnas salomónicas, á cuyo alrededor se enroscaban en espiral ligeras ramas de convólvulus de hojas en figura de corazon y campanillas esculpidas con infinito arte, formaba una especie de ensambladura arquitectural, cuya portada era de un órden caprichoso, de una rara elegancia y de una ejecucion inestimable. En los armarios estaban guardados los trages de terciopelo y seda, los cachemires, los abrigos, los encajes, las pieles de martra y de zorra azul, los sombreros de mil formas, y en fin, todo el ajuar de aquella hermosa mujer.

En la pared de enfrente habia otra estantería igual, con la única diferencia de que las puertas eran espejos colocados sobre unas visagras que los movian en todos sentidos, á fin de que se pudiese ver de frente, de perfil y de espaldas para juzgar del efecto de un cuerpo ó de un tocado.

En el tercer lienzo de pared se veia un gran tocador, cuyos grifos de plata arrojaban agua caliente ó fria en inmen-

sas tazas del Japon colocadas sobre aros de aquel mismo metal; gran número de pomos de cristal de Bohemia, que brillaban á la luz de las bujías, encerraban las esencias y los *perfumes*.

Las paredes y el techo estaban tapizados de paño verde mar, como el interior de un estuche. Un espeso tapiz de Smirna, blando y con vivos colores, cubria el piso.

Enmedio del cuarto, sobre un zócalo de terciopelo verde, habia un gran cofre de forma extraña, de acero de Khorassan cincelado, empavonado y lleno de arabescos tan complicados, que casi hacia parecer sencillos los adornos del salon de Embajadores de la Alhambra. El arte oriental parecia haber pronunciado su última palabra en este trabajo, en el que sin duda debieron tomar parte los dedos de las hadas de Péris. En este cofre era donde la condesa guardaba sus aderezos, sus joyas dignas de una reina y que no se ponia sino muy raras veces, pareciéndole con razon que no merecian el sitio que ocupaban. Era demasiado bella para tener necesidad de ser rica: su instinto de mujer se lo decia. Así es que no las sacaba á luz mas que en aquellas ocasiones solemnes en que el fausto hereditario de la antigua casa Lubinski debia presentarse en todo su explendor. Nunca hubo diamantes que menos lueisen.

Cerca de la ventana, cuyas anchas cortinas caian en grandes pliegues, delante de un peinador á la duquesa, en frente de un espejo que sostenian dos ángeles esculpidos por Mlle. de Fauveau con esa elegancia y ligereza que caracteriza su talento, é iluminado con la blanca luz de los candelabros de á seis bujías, estaba sentada la condesa Prascovia, radiante de frescura y de belleza. Un albornoz tunecino de una figura ideal, atravesado de rayas azules y blancas que alternativamente eran opacas ó trasparentes, le envolvian como una vaga nube; la ligera tela se habia deslizado por la de seda satinada que formaba el cuerpo y dejaba ver el nacimiento y fin de un cuello que hubiera ennegrecido el nevado de los cisnes. En los intersticios de los pliegues se veia el hervor de los encajes de una bata de batista, trage nocturno que no sujetaba ningun cinturon; los cabellos de la condesa estaban deshechos y se desliza-

ban por sus espaldas en ondas opulentas, como el manto de una emperatriz.—¡Las trenzas de oro fluido, de las que Vénus Afrodita esprimia perlas, arrodillada en su concha de nácar, cuando salió como una flor de azul de los mares, eran menos rubias, menos espesas y menos macizas! Mezclad el ámbar del Ticiano y la paleta de Paul Veronese con el barniz de oro de Rembrandt; haced pasar los rayos solares á través del topacio y estad seguros de que aun así no habeis de conseguir el tono maravilloso de esta magnífica cabellera, que parecia despedir luz mas bien que recibirla, y que habria merecido, mejor que la de Berenice, brillar como una nueva constelacion entre los antiguos astros. Dos camareras la dividian, la alisaban, la encrespaban y la arreglaban en forma de bucles para que el contacto de la almohada no la destruyese.

Durante esta delicada operacion, la condesa hacia bailar en la punta de su pié una zapatilla de terciopelo blanco, bordada de canutillos de oro, tan pequeña, que habria hecho morir de celos á las oladiscas del Padischa. Algunas veces apartaba los sedosos pliegues del albornoz, dejaba ver su blanco brazo y con la mano separaba algunos cabellos que se habian escapado, lo cual efectuaba con un movimiento y una gracia instintivas.

Así, abandonada á su negligente posicion, recordaba esas figuras griegas que adornan los vasos antiguos, y de las que ningun artista ha podido encontrar de nuevo el puro y suave contorno, la belleza jóven y ligera. Estaba aun mas seductora que en la villa Salviati, en Florencia, y si Octavio no hubiera estado ya loco de amor por ella, indudablemente habria enloquecido entonces. Afortunadamente para él no es posible añadir nada al infinito.

Octavio Labinski experimentó en su presencia la misma sensacion que si hubiera visto un espectáculo terrible, las rodillas se entrechocaron y doblárouse bajo su peso; la boca se le secó; la angustia le apretó la garganta como la mano de un Thugg, y unas llamas rojizas oscurecieron sus ojos. Aquella belleza tenia algo de la de Medusa.

Hizo un esfuerzo diciéndose que estas formas estúpidas propias de un amante despreciado, eran muy ridículas en

la persona de un marido, por mucho que le emocionase la presencia de su mujer, y marchó resueltamente hácia la condesa.

—¡Ah, sois vos Olaf! ¡Cuánto habeis tardado esta noche! dijo la condesa sin volverse, porque detenian su cabeza los largos cabellos que trenzaban las peinadoras; y sacando por entre los pliegues del albornoz una de sus preciosas manos, se la alargó.

Octavio Labinski cogió esta mano mas dulce y mas fresca que una flor, llevósela á sus lábios é imprimió sobre ella un prolongado y ardiente beso;—toda su alma se habia concentrado allí.

No sabemos qué delicadeza de sensitiva, qué instinto de divino pudor, qué intuicion nacida del fondo del corazon advirtió á la condesa; pero una nube sonrosada cubrió súbitamente su rostro, su cuello y sus brazos, los cuales tomaron ese tinte con que se colora en las altas montañas la nieve vírgen al verse sorprendida por el primer beso del sol. Prascovia tembló y retiró lentamente su mano, entre malhumorada y vergonzosa; los lábios de Octavio le habian producido la misma impresion que un hierro candente. Bien pronto se rehizo y se rió de su pueril temor.

—Nada me decis, querido Olaf, y eso que en mas de seis horas no nos hemos visto; ya no os acordais de mí, dijo como reconviniéndole; en otro tiempo no me hubierais dejado completamente sola durante toda la noche. ¿Os habeis acordado solo de mí?

—Siempre, contestó Octavio Labinski.

—¡Oh, no siempre! Yo sé bien cuándo os acordais aun cuando estéis muy lejos de mí lado. Esta noche misma estaba sola tocando al piano una pieza de Web r, para matar el fastidio con la música, cuando he visto vuestra alma que daba vueltas á mi alrededor confundida con las notas que despedia el teclado; despues se ha marchado yo no sé adónde con el último acorde, y no ha vuelto. No me lo negueis que estoy muy segura de lo que digo.

Prascovia, en efecto, no se equivocaba: era justamente aquel momento en que en casa del doctor Baltasar Cherbonneau, el conde Olaf Labinski se inclinaba sobre el vaso

de agua mágica, evocando, con toda la fuerza de un pensamiento fijo, una imágen adorada. Desde aquel momento el conde, sumergido en el océano sin fondo del sueño magnético, no habia tenido ni idea, ni sentimiento, ni voluntad.

Las mujeres, terminado el peinado nocturno de la condesa, se retiraron, y Octavio Labinski quedóse de pié siguiendo con sus ojos inflamados los movimientos de Prascovia.—Detenida y quemada á la vez por esta mirada, la condesa se envolvió en su albornoz como la Polymnia en su manto. Solo su cabeza asomaba por encima de los pliegues blancos y azules, inquieta, pero hermosa.

A pesar de que ninguna penetracion humana hubiera podido adivinar el misterioso cambio de las almas, efectuado por el doctor Cherbonneau merced á la fórmula del sannyasi Brahma-Logum, Prascovia no reconocia en los ojos de Octavio Labinski la expresion ordinaria de los ojos de Olaf: la de un amor puro, tranquilo, igual, eterno, como el amor de los ángeles;—una pasion terrestre inflamaba aquella mirada que la turbaba y la hacia enrojecer.—No podia darse cuenta de lo que habia pasado, pero debia haber sucedido algo. Mil extrañas sospechas le asaltaron el pensamiento: ¿no era ya para Olaf mas que una mujer vulgar, deseada por su belleza como una cortesana? ¿El acorde sublime de sus almas se habia roto por alguna disonancia desconocida? ¿Amaba Olaf á otra? ¿Las corrupciones de Paris habian dañado su casto corazon? Prascovia se hizo rápidamente todas estas preguntas sin poderse contestar de una manera satisfactoria, y se dijo á sí misma que estaba loca, por mas que allá en el fondo sintiese que tenia razon. Un terror secreto la invadia como en presencia de un peligro desconocido pero adivinado por esa doble vista del alma, cuyos anuncios hace mal el hombre al no seguirlos siempre.

Levantóse agitada y nerviosa y se dirigió hácia su cuarto de dormir. El falso conde la acompañó con un brazo apoyado en su talle, como Othelo lleva á Desdémona cada vez que ambos salen en la obra de Shakespeare; pero cuando estuvieron en la puerta, Prascovia se volvió, dejándose

un instante, blanca y fria como el mármol, arrojó una mirada de espanto al jóven, entró, cerró la puerta con precipitacion y pasó el cerrojo.

—¡La mirada de Octavio! exclamó cayendo medio desvanecida en un sofá. Cuando hubo recobrado completamente los sentidos, se dijo:—¿Cómo se explica que aquella mirada, cuya expresion no olvidaré nunca, brilla esta noche en los ojos de Olaf? ¿Cómo he visto lucir á través de las pupilas de mi esposo, aquella llama sombría y desesperada? ¿Habrá muerto Octavio? ¿será que su alma, antes de abandonar la tierra, ha brillado un momento delante de mí como para decirme adios? ¡Olaf! ¡Olaf! ¡Si me he engañado, si he cedido locamente á un vano terror, tú me perdonarás; pero si te hubiese acogido esta noche habria creido que me entregaba á otro!

La condesa se aseguró de que el cerrojo estaba bien puesto; encendió la lámpara que colgaba del techo, se metió en la cama como un niño miedoso, con cierta sensacion angustiosa ó indefinida, y no se durmió sino hasta cerca del dia: unos sueños incoherentes y extraños la atormentaron durante toda la noche. Unos ojos ardientes—los ojos de Octavio—se fijaban sobre ella desde el fondo de las tinieblas y le lanzaban miradas de fuego, mientras que al pié de su cama una figura negra y surcada de arrugas estaba acurrucada al mismo tiempo que murmuraba sílabas desconocidas; el conde Olaf se apareció tambien en este sueño pero revestido de una forma que no era la suya.

No vamos á pintar el descorazonamiento de Octavio cuando se encontró frente á frente de una puerta cerrada, y mas aun cuando oyó el chirrido del cerrojo. Su suprema esperanza se desvanecia. ¡Ah! habia pedido auxilio á medios terribles y extraños; se habia entregado á un mago, tal vez á un demonio, jugando su vida en este mundo y su alma en el otro, para conquistar una mujer que se le escapaba, á pesar de pertenecerle, gracias á las hechicerías de la India. Habia sido rechazado como amante y ahora merecia igual suerte como marido: la invencible pureza de Prascovia desafiaba las maquinaciones mas infernales. En la puerta de su cuarto de dormir se le habia aparecido

como el ángel blanco de Swedemburg hiriendo con el rayo al espíritu del mal.

Como no era posible que estuviera toda la noche en aquella posicion ridícula, buscó el departamento del conde, y despues de haber recorrido gran número de habitaciones, dió con una en la que habia una cama con columnas de ébano y cortinas de tapicería, entre cuyos ramajes y arabescos habia unas armas bordadas. Unas panoplias con armas orientales, varias corazas y cascos de caballería, heridos por el reflejo de una lámpara, arrojaban algunas vagas luces entre la sombra. Las paredes estaban tapizadas de cuero con dibujos dorados. Tres ó cuatro grandes sofás esculpidos y un cofre todo lleno de figuras, completaban aquel mueblaje del gusto feudal y que no hubiera desentonado en el salon de un castillo gótico. Por parte del conde no era esto una frívola imitacion de la moda, sino un piadoso recuerdo. Aquella habitacion reproducia exactamente la que ocupaba en casa de su madre, y aunque la habia restaurado frecuentemente—esta decoracion de quinto acto—siempre habia procurado conservar el estilo.

Octavio Labinski, rendido por la fatiga y las emociones, se acostó y durmióse maldiciendo al doctor Baltasar Cherbonneau. Por fortuna el dia le trajo ideas mas alegres; se prometió para en adelante el conducirse de una manera mas moderada, apagar su mirada y adoptar la conducta de los maridos. Ayudado por el mayordomo del conde, vistióse de una manera séria y bajó con paso tranquilo al comedor, donde la condesa le esperaba para desayunarse.

X

Octavio Labinski bajó, siguiendo los pasos del mayordomo, porque ignoraba dónde se hallaba el comedor en aquella casa, de la que se creia propietario. Dicho departamento era una gran habitacion á piso de tierra con vistas al patio, que tenia un carácter así de abadía, como de castillo feudal; unas ensambladuras de madera de álamo negro, divididas en paños y departamentos simétricos, subian hasta el techo, donde unos postes salientes formaban una especie de cajones exágonos, pintados de azul y adornados con ligeros arabescos de oro; en los grandes planos de la ensambladurada Felipe Rousseau habia pintado las cuatro estaciones, representrdas no por figuras simbólicas, sino por trofeos de naturaleza muerta, compuestos de productos propios de cada época del año; las cacerías de Jadin formaban *pendant* con las naturalezas muertas de Felipe Rousseau, y encima de cada pintura brillaba, como el disco de un escudo, un inmenso plato de Bernardo Palissy ó de Leonardo de Limoges, de porcelana del Japon ó de barro árabe, con barnices adornados con todos los colores del prisma. Cabezas de ciervo y cuernos de rinoceronte alternaban con la loza, y á ambos extremos de la habitacion se levantaban unos grandes aparadores, altos como los retablos de las iglesias españolas y llenos de trabajos y esculturas que rivalizaban con las mejores obras de Berruguete,

Cornejo, Duque y Verbrugen. Sobre los estantes brillaban los ricos objetos de plata pertenecientes á la antigua casa Labinski, jarrones con asas caprichosas, saleros de rarísima forma, tazas, copas y otros muchos construidos con arreglo á la extraña fantasía alemana, y que eran dignos de ocupar un sitio en la Voute-Verte de Dresde. Enfrente de los antiguos productos de la platería, brillaban los objetos maravillosos de la platería moderna, las obras maestras de Wagner, Duponchel, Rudolfi y Froment-Meurice; teteras de plata sobredorada con dibujos de Feuchere y de Vechte, horteras empavonadas, jarrones para vino de Champagne con las asas en forma de pámpanos y bacanales en bajo relieve; escalfadores elegantes como los trípodes pompeyanos; sin hablar de la cristalería de Bohemia y Venecia, ni de los servicios de Sajonia y Sevres.

Una sillería de roble, tapizada de cuero verde, se extendia á lo largo de las paredes y alrededor de la mesa, cuyos piés estaban esculpidos en forma de garras de águila. Por el techo penetraba una luz igual y pura, tamizada por unos cristales esmerilados que cerraban una claraboya central; una guirnalda trasparente de hojas de vid servia de marco con su verde color á este blanco lienzo.

Sobre la mesa, servida segun la costumbre rusa, estaban colocados los manjares, cada uno de los cuales se veia rodeado por un cordon de violetas. Los platos esperaban el cuchillo de los convidados bajo sus campanas de metal bruñido y brillante como los cascos de los emires; doncellas de calzon corto y corbata blanca se mantenian inmóviles y silenciosos detrás de los dos sillones, puesto el uno delante del otro, y pareciendo dos estátuas de la domesticidad.

Octavio se apoderó de todos estos detalles con una sola mirada rápidamente dirigida, á fin de que no le preocupase la novedad de objetos que debian serle familiares.

Un ligero ruido sobre las baldosas y el crugir de un trage de seda, le hicieron volver la cabeza. Era la condesa Prascovia Labinska que se aproximaba y que se sentó á su lado despues de hacerle un signo amistoso.

Llevaba una bata de seda á cuadros verdes y blancos,

con una guarnicion de la misma tela, cortada en forma de dientes de lobo; los cabellos los llevaba reunidos en espesos bucles sobre las sienes y arrollados al nacimiento de la nuca con un cordon de oro, parecido á la voluta de un chapitel dórico, con lo cual formaban un peinado tan sencillo como noble, en el que nada habria tenido que cambiar un estatuario griego; el tinte sonrosado de las mejillas habia palidecido algun tanto á causa de la emocion de la víspera y del sueño agitado de la noche; una imperceptible aureola nacarada rodeaba aquellos ojos, que ordinariamente estaban tan tranquilos y puros; tenia un aire fatigado y lánguido; pero aun así su belleza no hacia otra cosa que convertirse en mas penetrante tomando algo de humano. La diosa se convertia en mujer; el ángel replegaba sus alas y dejaba de volar.

Mas prudente que el dia anterior, Octavio veló la llama de sus ojos y disfrazó su mudo éxtasis con un aire indiferente.

La condesa alargó su piecesito, calzado por una zapatilla de piel rojiza, y lo colocó sobre la blanda alfombra puesta debajo de la mesa con el objeto de neutralizar el frio contacto del mosaico de mármol blanco y de jaspe de Verona que pavimentaba el comedor; hizo un ligero movimiento de espaldas, como si las hubiese helado el último calosfrio de la fiebre, y, fijando sus hermosos ojos de un azul polar sobre el convidado á quien habia tomado por su marido, porque la luz habia desvanecido los presentimientos, los terrores y los fantasmas nocturnos, le dijo con voz armoniosa y tierna, llena de castos mimos, una frase en polaco..... Con el conde hablaba frecuentemente en la querida lengua materna, en los momentos de dulzura y de intimidad, sobre todo en presencia de los criados franceses, á quienes era desconocido dicho idioma.

El parisiense Octavio sabia el latin, el italiano, el español y algunas palabras del inglés; pero, como todos los galo-romanos, ignoraba por completo las lenguas eslavas. —Los caballos de Frigia que en forma de consonantes defienden los raros giros del polaco, le hubieran impedido la aproximacion tantas cuantas veces lo hubiese intentado.

—En Florencia la condesa le habia hablado siempre en frances ó en italiano, y la idea de aprender la lengua en que Mickiewicz casi ha igualado á Byron, ni siquiera se le ocurrió. ¡Siempre se les olvida á todos un detalle!

Al oir aquella frase, ocurrió en el cerebro del conde, ocupado por el alma de Octavio, un extraño fenómeno: los sonidos extraños al parisiense, siguiendo los repliegues de una oreja eslava, llegaron al punto habitual donde el alma de Olaf las recogia para traducirlas en pensamientos y evocaron una especie de memoria física; su sentido apareció confuso á Octavio, y algunas palabras, envueltas en las circunvoluciones cerebrales ó en el fondo de los secretos cajones del recuerdo, se presentaron en tropel, prontas á la réplica; pero estas vagas reminiscencias no estaban en comunicacion con el alma, por lo cual se desvanecieron muy pronto, quedando todo oscuro. La situacion del pobre amante era horrible; no habia soñado con ninguna de estas complicaciones al desear la piel del conde Olaf Labinski, y comprendió que el robarle la forma á otro está muy expuesto á rudos contratiempos.

Prascovia, asombrada por el silencio de Octavio, y creyendo que alguna distraccion le habia impedido el oirla, repitió su frase lentamente y en voz mas alta.

Si oia mejor el sonido de las palabras, no por eso el falso conde comprendia mejor que antes su significacion, hacia esfuerzos desesperados para adivinar de qué se trataba; mas para aquellos que no las saben, las compactas lenguas del Norte no tienen ninguna trasparencia, y si un frances puede sospechar lo que dice un italiano, le sucederá lo propio que si estuviese sordo al oir hablar á un polaco.

A pesar suyo, una llamarada asaltó sus mejillas, mordióse los labios y, como para ocultar su situacion, se comió precipitadamente el contenido del plato puesto delante de su asiento.

—Cualquiera diria, querido Olaf, dijo la condesa en frances, que no me entendeis ó que no me comprendeis.....

—Efectivamente, balbuceó Octavio Labinski, sin saber lo que le decia.... ¡este demonio de lengua es tan difícil!...

—¡Difícil! sí, tal vez lo sea para los extranjeros, pero para aquel que lo ha aprendido sobre las rodillas de su madre, brota de los labios como el soplo de la vida, como el mismo efluvio del pensamiento.

—Sí, sin duda, pero hay momentos en los que me parece que no la he aprendido.

—¿Qué decís, Olaf? ¿Seriais capaz de haber olvidado la lengua de vuestros mayores, la lengua de la santa patria, la que os hace reconocer á vuestros hermanos entre los demas hombres y, añadió en voz baja, la lengua en que por vez primera me habeis dicho que me amábais?

—La costumbre de servirme de otro idioma..... se atrevió á decir Octavio, á falta de mejores razones.

—Olaf, replicó la condesa con marcadas muestras de enojo, veo que Paris os ha cambiado. Cuánta razon tenia al no querer venir! ¿Quién me hubiera dicho que cuando el noble conde de Labinski volviera á sus tierras no sabria responder á las felicitaciones de sus vasallos?

El hermoso rostro de la condesa tomó una expresion dolorosa; por vez primera la tristeza habia velado aquella frente pura como la de un ángel; tan singular olvido la heria en el fondo del alma, y le parecia casi una traicion.

El resto del almuerzo se pasó en silencio: Prascovia estaba enfadada con aquel á quien tomaba por su esposo. Octavio estaba como en un suplicio, esperando otras preguntas á las que forzosamente no sabria qué contestar.

La condesa se levantó y fué á ocultarse en sus habitaciones.

Octavio se quedó solo, jugando con el mango de un cuchillo, y pensando si se lo clavaria en el corazon para salir de su apurado trance: habia contado con sorprender á los otros, y se encontraba envuelto en las mallas sin fin de una existencia que no conocia: al apoderarse del cuerpo del conde Olaf de Labinski, le habia faltado el robarle tambien sus conocimientos anteriores, las lenguas que poseia, los recuerdos de la infancia y esos mil detalles íntimos que constituyen el sér de un hombre y los lazos que

unen su existencia á la de los otros; y para esto no habria bastado toda la ciencia del doctor Baltasar Cherbonneau. ¡Qué rabia! ¡estar en aquel paraíso, del que apenas se habia atrevido á mirar la tierra desde lejos, vivir bajo el mismo techo que Prascovia, verla, hablar con ella, besar su preciosa mano con los labios de su mismo esposo, no poder engañar su celeste pudor y denunciarse á cada momento por medio de alguna inexplicable estupidez!

«¡Estaba escrito allá arriba que Prascovia no me amaria nunca! Por lo tanto he hecho el mayor sacrificio á que puede descender el orgullo humano: he renunciado á mi existencia y he consentido en aprovechar, bajo una forma extraña, las caricias que se destinaban á otro!»

Habia llegado á este punto de su monólogo cuando un *groom* se inclinó en su presencia con todas las señales del mas profundo respeto, y le preguntó qué caballo queria montar.

Viendo que no respondia, el *groom* se decidió, todo asustado de su atrevimiento, á preguntarle:

—¿Vultur ó Rustem? Hace ocho dias que no ha salido ninguno de los dos.

—Rustem, contestó Octavio Labinski, como hubiese podido decir Vultur, á no ser el último nombre el que mayor impresion le produjo en el oido.

Vistióse un trage de montar y se fué hácia el bosque de Boulogne, con el objeto de hacer tomar un baño de aire á su nerviosa exaltacion.

Rustem, magnífico caballo de la raza Nedji, que llevaba en su petral, dentro de una bolsita de terciopelo bordada de oro sus títulos de nobleza, que se remontaban á los primeros años de la egira, no necesitaba que se le excitase. Parecia comprender el pensamiento del que le montaba, y desde el instante en que dejó el pavimento para pisar la tierra, partió como una flecha, sin que Octavio le hiciese sentir la espuela. Despues de dos horas de una carrera furiosa, caballo y caballero entraron en el *hotel*, este calmado y aquel con las narices humeantes y enrojecidas.

El supuesto conde fué á ver á Prascovia, á quien encon-

BIBLIOTECA NACIONAL

tró en el salon, vestida con un trage de seda blanco con volantes escalonados hasta la cintura y un lazo de cinta junto á la oreja. Era justamente el juéves, dia que ella destinaba á recibir á sus amigos.

—Vamos á ver, le dijo Prascovia, con una graciosa sonrisa, porque el mal humor no podia descansar mucho tiempo sobre sus rojos labios, si habeis encontrado nuevamente la memoria corriendo por las avenidas del bosque.

—Desgraciadamente no, querida mia, contestó Octavio Labinski; pero necesito revelaros un secreto.

—¿No conozco yo, por ventura, todos vuestros pensamientos antes de que me los digais? ¿No somos trasparentes el uno para el otro?

—Ayer estuve en casa de ese médico de quien tanto se habla.

—Sí, el doctor Baltasar Cherbonneau, que ha residido largo tiempo en la India, y que, segun en público se dice, ha aprendido de los brahmas gran número de secretos á cual mas maravilloso. Queriais llevarme, pero no quise ir porque só que me amais y con sola esta ciencia me basta.

—Hizo en presencia mia experimentos tan extraños, realizó tales prodigios, que aun tengo el espíritu conturbado. Ese hombre extravagante, que dispone de un poder irresistible, me sumió en un sueño magnético tan profundo, que al despertarme me encontré privado de algunas facultades: perdí la memoria de muchísimas cosas; el pasado flotaba en una confusa niebla y solo mi amor hácia vos pudo quedar intacto.

—Hicisteis mal, Olaf, al someteros á la influencia de ese doctor. Dios, que ha creado el alma, es el único que tiene derecho para tocarla; el hombre, al jugar con ella, comete una accion impía, dijo la condesa Prascovia Labinska con mucha formalidad. Espero que no volvereis á su casa y que cuando yo os diga alguna frase amistosa en polaco me la comprendereis como anteriormente.

Octavio, durante su paseo á caballo, se habia forjado esta escusa del magnetismo para contrarestar las faltas que,

por precision, cometeria en su nueva existencia. Sin embargo, no habia llegado al límite de sus contratiempos.

Un criado abrió la mampara de la puerta y anunció una visita, diciendo:

«El señor Octavio de Saville.»

Aun cuando esperaba de un momento á otro este encuentro, el verdadero Octavio palideció al oir tales palabras, como si la trompeta del juicio final hubiera sonado de improviso en sus oidos. Tuvo necesidad de llamar en su auxilio todo su valor y de decirse que él llevaba la ventaja de la situacion para no vacilar. Instintivamente apoyó la mano en el respaldo de un sillon, y procuró de tal suerte mantenerse de pié con cierta apariencia sosegada y tranquila.

El conde Olaf, revestido con la apariencia de Octavio de Saville, se adelantó hácia la condesa, á quien saludó profundamente.

—Señor conde Labinski..... el señor Octavio de Saville..... dijo la condesa, presentando mútuamente á los dos caballeros.

Ambos dos se saludaron friamente, lanzándose una mirada feroz, á través de la máscara de mármol de la política mundana, que tan atroces pasiones encubre muchas veces.

—No habia tenido el gusto de veros, Sr. Octavio, dijo la condesa con voz amable y familiar, y me hubiera sabido mal el abandonar á Paris sin veros. Erais mucho mas asíduo á la villa Salviati, donde tenia el gusto de contaros entre las personas de mi confianza.

—Señora, contestó procurando imitar á Octavio, he viajado, he sufrido mucho, he estado enfermo y al recibir vuestra amable invitacion me he preguntado si la aprovecharia, porque es preciso que uno no sea egoista, ni abuse de la indulgencia que se tiene para quien padece de fastidio.

—¡Fastidio! no, replicó la condesa; lo que habeis tenido siempre es melancolía; pero uno de vuestros poetas ha dicho de la melancolía:

Après l'oisiveté, c'est le meilleur des maux. *

—Eso no es ni mas ni menos que una voz que circulan las gentes felices para no tomarse el trabajo de compadecer á los que sufren, dijo Olaf de Saville.

La condesa arrojó una mirada de inefable dulzura sobre el conde, encerrado bajo la forma de Octavio de Saville, como para pedirle perdon del amor que involuntariamente le habia inspirado.

—Me teneis por mas frívola de lo que soy realmente, y habeis de saber que me compadezco de todo verdadero dolor y que ya que no pueda evitarlo, sé compartirlo. Quisiera veros feliz, amigo Octavio; pero ¿por qué os encerrais en una eterna tristeza rehusando obstinadamente la vida que os brindaba con sus dichas, sus encantos y sus deberes? ¿Por qué habeis rehusado la felicidad con que os brindaba?

Estas palabras, tan sencillas y tan francas, impresionaron de una manera muy distinta á los dos oyentes. Octavio oia la confirmacion de la sentencia pronunciada en el jardin Salviati, por aquella preciosa boca que nunca manchó la mentira; Olaf poseia una prueba de la inalterable virtud de la mujer que no podia sucumbir mas que por una trama diabólica; así es que una rabia súbita se apoderó de él al ver su espectro animado por otra alma instalada en su propio domicilio, y, arrojándose encima del falso conde, exclamó:

—¡Ladron, bandido, malvado, devuélveme la piel!

Al ver tan inesperada accion, la condesa cogió el llamador y tocó precipitadamente. Los lacayos entraron y se llevaron al conde.

—¡El pobre Octavio se ha vuelto loco! dijo Prascovia mientras se llevaban al conde Olaf, que luchaba en vano.

—Sí, contestó el verdadero Octavio, loco de amor!... ¡Decididamente, condesa, sois un modelo de belleza!

---

* Despues de la ociosidad, es el mejor de los males.

XI

Dos horas despues de esta escena el falso conde recibió del verdadero una carta cerrada con el sello de Octavio de Saville,—¡el desgraciado desposeido no tenia otro á su disposicion! Esto produjo un efecto extraño al usurpador de la entidad del conde Olaf Labinski, pues iba á romper el sobre de una misiva sellada con sus propias armas. Es que todo debia ser anormal en su extraña situacion.

La carta contenia las siguientes líneas, escritas como por una mano violenta que hubiera querido falsificar la letra, porque Olaf no tenia aún el hábito de escribir con los dedos de Octavio.

—Cualquiera otro que no fueseis vos creeria, al leer esta carta, que habia sido escrita en una casa de locos, pero vos me comprendereis. Un extraño conjunto de circunstancias, que nunca se habian reunido desde que la tierra rueda alrededor del sol, me obliga á hacer una cosa que ningun otro hombre ha hecho. Me escribo á mí mismo y pongo en el sobre un nombre que es el mio, un nombre que me habeis robado con mi persona. De qué maquinaciones tenebrosas soy víctima, en qué círculo de ilusiones infernales he puesto el pié, lo ignoro, pero vos, sin duda alguna, lo sabeis. Ese secreto, si no sois un cobarde, os lo pedirá el cañon de una pistola ó la punta de un florete en el terreno en donde todos los hombres honrados ó infames

contestan á las preguntas que se les hacen. Yo necesito que mañana dejo de ver la luz del sol uno de entrambos. El mundo, por grande que os parezca, es muy pequeño para nosotros dos. Maturé mi cuerpo habitado por vuestro espíritu impostor, ó matareis el vuestro, donde mi alma se indigna de vivir aprisionada.

«No trateis de hacerme pasar por loco, porque yo tendré muy buen cuidado de conservar el caballjucio, y allí donde os encuentre os insultaré con la delicadeza de un caballero y con la sangre fria de un diplomático. La presencia del conde Olaf Labinski podrá disgustar á Octavio de Saville y esquivarla, pero yo sabré encontrarle todos los dias á la salida de la Opera.

«Espero que mis palabras, aunque algo oscuras, no tendrán ninguna ambigüedad para vos, y que mis testigos se entenderán perfectamente con los vuestros para señalar la hora, el lugar y las condiciones del duelo.»

Esta carta produjo á Octavio una gran perplegidad. No podia rehusar el desafío del conde, y sin embargo, le repugnaba el tener que batirse con él mismo, porque conservaba cierto cariño hácia su antiguo cuerpo. El temor de verse obligado á aceptar el combate por un ultraje escandaloso, le hizo decidir en favor de la admision. Aunque realmente podia arreglarlo de manera que tuviesen que poner á su adversario una camisa de fuerza de los locos y detener su brazo, el medio era muy violento y repugnaba á su delicadeza. Si, arrastrado por una pasion invencible, habia cometido un acto digno de castigo y ocultado al amante bajo el disfraz del esposo, para triunfar de una virtud que se hallaba por encima de todas las seducciones, no por ello era un hombre sin honra ni valor. Aquella medida extrema no la habia tomado sino despues de tres años de luchas y de sufrimientos y en el momento en que su vida, consumida por el amor, se hallaba próxima á desaparecer. No conocia al conde; no tenia ninguna amistad con él; no le debia nada y por lo tanto se habia aprovechado del atrevido medio que le ofrecia el doctor Baltasar Cherbonneau.

¿De qué testigos iba á servirse? De los amigos del con-

de; pero Octavio en un solo dia que habitaba la casa de este no habia tenido tiempo para conocer á ninguno de ellos.

Sobre la mesa habia dos copas de cristal verde, con asas de oro en figura de dragones. La una contenia sortijas, alfileres, sellos y otros dijes; la otra tarjetas de visita en las que, bajo corona de marqués, de duque ó de conde, se hallaban escritos por hábiles grabadores y en letra gótica, redondilla ó inglesa, gran número de nombres polacos, rusos, húngaros, alemanes, italianos y españoles que atestiguaban los contínuos viajes del conde y los muchos amigos que tenia en todos los paises.

Octavio tomó dos al azar: el conde Zomoyeczky y el marqués de Sepúlveda. Mandó que le pusiesen el carruaje y se fué á verlos. Encontró á los dos en sus casas y ni el uno ni el otro se mostraron sorprendidos por el encargo de aquel á quien consideraban como el verdadero conde Olaf Labinski. Libres completamente de la sensibilidad de que dan muestras los testigos de la clase media, no preguntaron si el asunto era susceptible de un arreglo, y guardaron, como verdaderos caballeros, un silencio de buen tono acerca del orígen de la cuestion.

Por su parte, el legítimo conde, ó si se quiere el falso Octavio, se encontraba con las mismas dificultades; se acordó de Alfredo Humbert y de Gustavo Raimbaud, á cuyo almuerzo se habia negado á asistir, y se decidió á llamarles como testigos de su duelo. Ambos á dos se mostraron muy sorprendidos al ver mezclado en un desafio á su amigo, el cual hacia un año que apenas habia salido de su casa y de quien conocian el carácter mas bien pacífico que batallador. Sin embargo, como les dijo que se trataba de un combate á muerte y por un motivo que no debia revelarse, no hicieron ninguna objecion y se dirigieron al palacio Labinski.

Las condiciones quedaron muy pronto pactadas: una moneda de oro arrojada al aire decidió las armas, despues de haber declarado los testigos que lo mismo tenia el servirse de la pistola que del florete. A las seis de la mañana debian estar en la avenida de los Postes, en el bosque de Boulogne, junto á la cubierta de cabaña que sostienen al-

gunos pilares rústicos. Aquel sitio, libre de árboles y enarenado, presentaba excelentes condiciones para el duelo.

Cuando todo quedó arreglado era ya cerca de media noche, y Octavio se dirigió al cuarto de Prascovia. El cerrojo estaba corrido como la noche anterior, y la voz burlona de la condesa le dirigió á través de la puerta la siguiente chanza:

—Volved cuando sepais el polaco, pues soy demasiado patriota para recibir á un extranjero en mi cuarto.

Por la mañana, el doctor Cherbonneau, á quien Octavio habia anunciado lo ocurrido, se presentó en el palacio Labinski con gran número de instrumentos de cirugía y un paquete de vendas. Subieron en un carruaje, y Zamoyeczky y Sepúlveda en una berlina.

—¿Conque la aventura, mi querido Octavio, va tomando un carácter trágico? A haberlo sabido habria dejado dormir al conde ocho dias en un diyan de mi casa. Algunas veces he prolongado mas tiempo los sueños magnéticos. A pesar de haber estudiado con la atencion posible la verdadera sabiduría entre los brahmas, los pandistas y los sanyasis de la India, siempre se le olvida á uno algo. ¿Cómo ha recibido la condesa Prascovia á su amante de Florencia disfrazado de esta suerte?

—Creo que me ha reconocido á pesar de mi metamórfosis, respodió Octavio, ó es que el ángel de su guarda le ha dicho al oido que no se fiase de mí: la he encontrado tan casta, tan fria y tan pura como la nieve del polo. Bien os dije que no habia remedio para mí, pues en la actualidad soy mas desgraciado que cuando me hicísteis vuestra primera visita.

—¿Quién seria capaz de señalar un límite á las facultades del alma, dijo el doctor Baltasar Cherbonneau con aire pensativo, sobre todo, cuando no la preocupa ningun pensamiento terrestre, ni la ha manchado el barro humano y se mantiene tal cual salió de las manos del Creador á la luz, á la contemplacion y al amor? Sí, teneis razon, os ha reconocido; su angélico pudor ha temblado bajo el influjo de la mirada del deseo, y por instinto se ha cubier-

to con sus blancas alas. ¡Os compadezco, querido Octavio, porque vuestro mal es, en efecto, irremediable! Si viviésemos en los tiempos de la Edad Média, os aconsejaria que os encerráseis en un convento.

—Lo he pensado muchas veces, contestó Octavio.

Habian llegado al sitio del combate. El carruaje del falso Octavio estaba ya en el punto designado.

El bosque presentaba á estas horas de la mañana un aspecto verdaderamente pintoresco, que el sol le hacia perder durante el dia: era ese tiempo de verano en que la luz aun no ha conseguido oscurecer el color del follaje; unas tintas frescas, trasparentes, lavadas por el rocío de la noche, cubrian los macizos y se exhalaba un gran perfume de la jóven vegetacion. Los árboles en aquel punto son bellísimos, bien porque hayan encontrado un terreno favorable, ó bien porque son los únicos que quedan de una antigua plantacion. Sus vigorosos troncos, cubiertos de musgo ó satinados por una capa de plata, se agarran al suelo por medio de sus nudosas raíces, y levantan al cielo su extraño ramaje que podria servir de modelo á los estudios de los pintores y decoradores, que van muy lejos á buscar cosas mucho menos notables. Algunos pájaros, á quienes los ruidos del dia hacen callar, trinaban alegres en la hojarasca. Una liebre atravesó en tres saltos la arena del andén y fué ocultarse en la yerba, asustada por el ruido de los carruajes.

Como puede comprenderse fácilmente, esta poesía de la naturaleza, sorprendida al romper el dia, preocupaba muy poco á los adversarios y á sus testigos.

La presencia del doctor Cherbonneau produjo una impresion desagradable en el conde Olaf Labinski, pero supo contenerse en seguida.

Se midieron las espadas y señaláronseles sus respectivos sitios á los combatientes, los cuales, despues de haberse quitado la levita, se pusieron en guardia el uno frente á frente del otro.

Los testigos dieron la palmada de señal.

En todos los duelos, cualquiera que sea el ensañamiento de los contrarios, hay un momento de inmovilidad solemne; cada combatiente estudia á su enemigo, en silencio, y combina su plan, meditando el ataque y preparándose á la defensa; despues las espadas se buscan, se encuentran y se agarran fuertemente, por decirlo así; esto dura algunos segundos que parecen minutos, y hasta horas, segun la ansiedad de los asistentes.

En el caso presente, las condiciones del duelo, por mas que pareciesen ordinarias á los ojos de los espectadores, eran tan extrañas para los combatientes, que permanecieron en guardia mas tiempo del acostumbrado. Efectivamente, cada uno tenia delante de él su propio cuerpo y debia hundir el acero en una carne que le pertenecia aún el dia anterior. La lucha tenia cierto carácter de suicidio no previsto, y, aunque valientes los dos, Octavio y el conde experimentaban un horror instintivo al encontrarse con la espada en la mano, enfrente de sus propios cuerpos y dispuestos á herirse á sí mismos.

Los testigos, impacientes, iban á hacer de nuevo la señal cuando los dos aceros se estrecharon.

Los primeros ataques fueron prontamente parados por una y otra parte.

El conde tiraba perfectamente, gracias á su educacion militar, durante la cual habia abollado, mas de una vez, el peto de los maestros mas célebres; pero si aun era poseedor de la teoría, sin embargo, le faltaba para ejecutarla aquel brazo nervioso acostumbrado á perseguir á los guerreros de Schamyl; era el débil puño de Octavio el que sostenia entonces la espada.

Por el contrario, Octavio, en el cuerpo del conde encontraba un vigor desconocido, y, aunque menos conocedor de la esgrima, sabia, sin embargo, separar de su pecho el hierro pronto á herirle.

Olaf se esforzaba inútilmente en buscar á su contrario dirigiéndole atrevidas estocadas. Octavio, mas frio y mas firme, mataba todas sus esperanzas.

La cólera empezó á hacer presa del conde, el cual tiraba cada vez mas nerviosa y desordenadamente. Aun á

cambio de quedar convertido para siempre en Octavio de Saville, queria matar á aquel cuerpo impostor que podia engañar á Prascovia. Esta sola idea hacia que se apoderase de él una inexplicable rabia.

Corriendo el riesgo de que su contrario lo pasase de parte á parte, intentó un golpe derecho para llegar á través de su propio cuerpo, al alma y la vida de su rival; pero la espada de Octavio se enlazó á la suya con un movimiento tan rápido, tan seco y tan irresistible, que le arrancó el acero de la mano, y dando una vuelta en el aire fué á caer á algunos pasos de distancia.

La vida de Olaf estaba en manos de Octavio: no tenia mas que irse á fondo para pasarle de parte á parte. El rostro del conde se crispó, no porque tuviera miedo á la muerte, sino porque pensaba en que iba á dejar á su mujer en manos de aquel ladron de cuerpos á quien ya nadie podria desenmascarar.

Octavio, lejos de aprovecharse de su ventaja, arrojó su espada y, haciéndoles una señal á los testigos para que no interviniesen, se dirigió hácia el conde, estupefacto, á quien cogió del brazo, y se dirigió á la espesura del bosque.

—¿Qué quereis? dijo el conde. ¿Por qué no me matais cuando estais en condiciones para hacerlo? ¿Por qué, si os repugna matar á un hombre desarmado, no me habeis dejado empuñar la espada para continuar el combate? Demasiado sabeis que el sol no puede proyectar en adelante nuestras dos sombras en la arena, y que se necesita que la tierra absorba al uno ó al otro.

—Escuchadme con calma, respondió Octavio. Vuestra felicidad se encuentra en mis manos. Yo puedo guardar para siempre este cuerpo que habito en la actualidad y del que vos sois el legítimo poseedor. Me complazco en reconocerlo ahora que no hay mas testigos delante de nosotros que los pájaros, los cuales, aunque nos oigan, no han de ir á decirlo; si continuásemos el duelo os mataria. El conde Olaf Lubinski, á quien represento todo lo menos mal que puedo, conoce la esgrima mejor que Octavio de Saville, de quien teneis la figura, y al cual tendria que matar con no

poco sentimiento de mi parte. Esta muerte, aunque no fuese real, porque mi espíritu viviria encarnado en otro cuerpo, desolaria á mi madre.

El conde, reconociendo la verdad de estas observaciones, guardó un silencio que se parecia mucho á una especie de aquiescencia:

—Nunca, continuó Octavio, conseguiriais apoderaros nuevamente de vuestro cuerpo si yo me opusiese á ello, y bien podeis comprenderlo así en vista del éxito de vuestros dos ensayos. Cualquiera otra tentativa daria lugar á que se os considerase como un monomaniaco; nadie creeria una sola palabra de cuanto dijeseis, y aun cuando pretendieseis ser el conde Olaf Labinski, todos se os reirian en las barbas como habeis tenido ya ocasion de observar. Se os encerraria en un manicomio y pasariais el resto de vuestra existencia protestando, bajo las *duchas*, que órais efectivamente el esposo de la bella condesa Prascovia Labinska. Las almas compasivas dirian al veros: ¡Pobre Octavio! y seriais como el Chabert, de Balzac, que queria probar que no se habia muerto.

Todo esto era tan matemáticamente cierto, que el conde, abatido, dejó caer la cabeza sobre el pecho.

—Supuesto que momentáneamente sois Octavio de Saville, habreis registrado su escribanía y hojeado sus papeles, con lo cual sabreis que desde hace tres años alimenta un amor inmenso y sin esperanza hácia Prascovia Labinska; que en vano ha intentado arrancárselo de su corazon, y que no se irá sino con su vida, si es que no lo sigue tambien hasta la tumba.

—Lo sé, dijo el conde, mordiéndose los labios.

—Pues bien, para apoderarme de ella he empleado un medio horrible, espantoso, y que solo una pasion delirante podia atreverse á probar; el doctor Cherbonneau ha intentado en favor mio una prueba capaz de asombrar á los taumaturgos de todos los siglos. Despues de habernos sumido á los dos en el mas profundo sueño magnético ha hecho cambiar de cuerpo nuestras almas. ¡Milagro inútil! Voy á devolveros mi cuerpo porque Prascovia no me ama. Aun en la forma del esposo ha reconocido el alma del

amante; su mirada le ha vendido en la habitacion conyugal como en el jardin de la villa Salviati.

Habia tal tristeza en las frases y en el acento de Octavio, que el conde no pudo menos de dar fé á sus palabras.

—Yo soy un enamorado, añadió Octavio sonriéndose, y no un ladron; y ya que el único bien que he deseado sobre la tierra no me puede pertenecer, no veo la necesidad de conservar vuestros títulos, vuestros castillos, vuestras tierras, vuestro dinero ni vuestras armas. Ahora dadme el brazo, adquiramos el aire de los reconciliados, demos las gracias á nuestros testigos, llevémonos al doctor Baltasar Cherbonneau y volvamos al laboratorio mágico de donde salimos trasfigurados; el viejo brahma sabrá deshacer lo que hacer supo.

—Señores, dijo Octavio, conservando por algunos minutos todavía el papel del conde Olaf Labinski; entre mi adversario y yo han mediado explicaciones confidenciales que hacen inútil la continuacion del duelo. Nada aclara tanto las ideas entre los hombres de honor, como el entrechocar sus aceros.

Zamoyeczky y Sepúlveda subieron de nuevo en su carruaje. Alfredo Humbert y Gustavo Raimbaud entraron en su berlina. El conde Olaf Labinski, Octavio de Saville y el doctor Baltasar Cherbonneau se dirigieron á todo correr hácia la calle del Regard.

XII

Durante el trayecto del bosque de Boulogne á la calle del Regard, Octavio de Saville dijo al doctor Cherbonneau:

—Querido doctor, voy á poner á prueba una vez mas vuestra ciencia: es preciso que volvais nuestras almas á su domicilio habitual. Esto no debe presentaros ninguna dificultad, y espero que el conde Olaf Labinski no os conservará ningun rencor porque le hayais hecho cambiar su palacio por una cabaña, habitando por espacio de algunas horas su brillante personalidad en mi pobre cuerpo. Si así no fuese, teneis bastante poder para que no os cause miedo ninguna venganza.

Despues de haber hecho una señal afirmativa, dijo el doctor Baltasar Cherbonneau:

—La operacion será ahora mucho mas sencilla que la otra vez; los imperceptibles filamentos que retienen el alma al cuerpo se han roto recientemente en vuestros respectivos cuerpos y no ha habido tiempo para que se reanuden. Por otra parte, vuestras voluntades no han de presentar ninguna resistencia instintiva al magnetizador. El señor conde perdonará sin duda á un viejo sábio como yo, el no haber podido resistir al placer de practicar un experimento para el que no es fácil encontrar personas dispuestas. Esta prueba ha servido, por otra parte, para confirmar de una manera brillantísima una virtud que

posee la delicadeza hasta la adivinacion, y que triunfa allí donde todo lo demas ha sucumbido. Considerareis, si así os parece bien, como un sueño extravagante esta trasformacion passajera, y quizá mas tarde no os arrepintais de haber experimentado una sensacion extraña que muy pocos hombres han conocido: la de haber habitado dos cuerpos. La metempsícosis no es una doctrina nueva, pero antes de trasmigrar á otra existencia las almas beben la copa del olvido, y no es dado á todos el acordarse como Pitágoras, de haber asistido á la guerra de Troya.

—El beneficio de que se me reinstale en mi cuerpo, equivale al desagrado de habérmelo expropiado, sea esto dicho sin ánimo de ofender á nadie, por Octavio de Saville, cuyo personaje soy aún, si bien es cierto que pronto dejaré de serlo.

Octavio se sonrió con los lábios del conde Olaf Lalánski, al oir estas palabras, que llegaban á su inteligencia á través de una envoltura extraña, y reinó de nuevo el silencio entre estos tres personajes, cuya anormal situacion hacia difícil toda conversacion.

El pobre Octavio soñaba con su desvanecida esperanza, y sus pensamientos no eran, es preciso confesarlo, de color de rosa. Como todos los amantes rechazados, se preguntaba por qué no era amado. ¡Como si el amor tuviese un solo *por qué!* La única razon que se puede dar es el *por qué*, respuesta lógica en su laconismo y que las mujeres oponen á todas las preguntas fastidiosas. Sin embargo, se reconocia vencido y sentia que el resorte de la vida, recompuesto un instante por el doctor Cherbonneau, se habia roto de nuevo y sonaba en su corazon como el de un reloj que ha caido al suelo. Octavio no hubiera querido causar á su madre el disgusto de su suicidio, y buscaba un modo de matarse silenciosamente, desfigurando su conocida tristeza bajo la capa de una enfermedad plausible. Si hubiera sido poeta, pintor ó músico, fácil le habria sido cristalizar su dolor en sus obras maestras, y Prascovia, vestida de blanco, coronada de estrellas, parecida á la Beatriz del Dante, hubiera aparecido, bajo el influjo de su inspiracion, como un ángel luminoso. Ya lo hemos dicho al empezar este

relato, aunque instruido y distinguido, Octavio no era un talento de primer órden de esos que marcan en el mundo la huella de su paso. Alma sublime y oscura, no sabia más que amar y morir.

El carruaje entró en el patio del viejo edificio de la calle de Regard, patio cubierto de verde yerba, sobre la que el paso de los transeuntes habia marcado una senda, y al cual las altas paredes grises de la casa daban unos tintes sombríos como los que despiden las arcadas de un claustro: el Silencio y la Inmovilidad velaban en el dintel como dos estátuas invisibles que protegian la meditacion del sábio. Octavio y el conde bajaron, y el doctor entró en la casa con paso mas rápido y seguro de lo que podia esperarse á su edad, y sin apoyarse en el brazo que el lacayo le ofrecia con esa delicadeza que los criados de las casas de los grandes afectan hácia las personas débiles ó llenas de años.

Tan luego como las dos hojas de la puerta se cerraron tras de ellos, Olaf y Octavio se sintieron envueltos por aquella cálida atmósfera que recordaba al doctor la de la India, y en la cual, solo él podia respirar con facilidad, pues sofocaba casi por completo á los que no habian sido como él tostados, durante treinta años, por los soles tropicales. Las encarnaciones de Vishnu gesticulaban en sus cuadros y aparecian mas extrañas á la luz del sol, que á la de las bujías; Shiva, el Dios azul, se sonreia desde su zócalo, y Durga, mordiéndose su endurecido lábio con sus dientes de mono, parecia mover su collar de cráneos. El departamento conservaba su impresion misteriosa y mágica.

El doctor Baltasar Cherbonneau condujo á aquellos dos personajes á la habitacion donde habia tenido lugar la primera trasformacion: hizo rodar el disco de vidrio de la máquina eléctrica, agitó los rádios de hierro de la cubeta mesmérica, abrió las bocas de los caloríferos con el objeto de hacer subir rápidamente la temperatura, leyó dos ó tres escritos en unos papirus tan antiguos que parecian prontos á convertirse en polvo, y cuando hubieron pasado algunos minutos dijo á Octavio y al conde:

—Señores, estoy á su disposicion; ¿quieren vdes. que empecemos?

Mientras el doctor se consagraba á estos preparativos, en la cabeza del conde bullian pensamientos que le inquietaban.

—Cuando me haya dormido, decia, ¿qué hará de mi alma este viejo mago en figura de mono, que puede ser el mismísimo diablo en persona? ¿La restituirá á mi cuerpo ó se la llevará con él al infierno? ¿Este cambio que ha de devolverme la perdida dicha no será mas que un sentimiento de piedad, ó una combinacion maquiavélica, para realizar un nuevo hechizo, cuyo objeto no puedo comprender? Sin embargo, mi situacion no puede empeorar: Octavio posee mi cuerpo, y, como él mismo decia muy bien esta mañana, me encerrarian como un loco si intentase reclamar su figura actual. Si hubiera querido desembarazarse por completo de mí, le bastaba con haber dirigido la punta de su espada á mi corazon cuando estaba desarmado y á su merced; la justicia de los hombres no se hubiera mezclado para nada en el asunto, porque las formas del duelo se habian llevado á cabo segun previene la costumbre. ¡Ea! ¡acordémonos de Prascovia y desechemos todo temor pueril! ¡Probemos el único medio que me resta para reconquistarla!

En seguida tomó, juntamente con Octavio, la barra de hierro que les presentaba el doctor.

Fulgurados por los conductores de metal cargados de fluido magnético, los dos jóvenes cayeron bien pronto en un anonadamiento tan profundo que lo habrian creido la muerte misma todos los que no conocieran el asunto: el doctor hizo los pases, cumplió los ritos, pronunció las sílabas mágicas como la vez primera y bien pronto dos estrellitas aparecieron encima de las cabezas de Octavio y del conde con un temblor luminoso; el doctor llevó á su primitivo domicilio el alma del conde Olaf Labinski, la cual siguió con vuelo precipitado la señal del magnetizador.

Durante este tiempo, el alma de Octavio alejóse lentamente del cuerpo de Olaf, y en vez de buscar el suyo fué elevándose, elevándose con toda la alegría de un sér libre y pareció no acordarse de volver á su prision. El doctor se compadeció de aquella Psychis que batia sus alas y se pre-

guntó hasta qué punto seria un beneficio el atarla de nuevo á este valle de miserias. Durante este momento de duda, el alma continuó subiendo. Acordándose de su deber el doctor Cherbonneau, repitió con acento mas imperioso el irresistible monosílabo é hizo un pase fulgurante para manifestar su voluntad; pero la temblorosa lucesita se encontraba ya fuera del círculo de atraccion y, atravesando el cristal superior de la cubierta, desapareció.

El doctor dejó de esforzarse en una cosa que ya consideraba inútil, y despertó al conde, el cual, al verse en un espejo, con sus verdaderas facciones, dió un grito de alegría, arrojó una mirada sobre el cuerpo inmóvil de Octavio, como para convencerse de que se habia desprendido completamente de aquella envoltura y salió corriendo á la calle despues de haber saludado con la mano al doctor Baltasar Cherbonneau.

Algunos instantes despues se oyó el sordo rodar de un carruaje sobre el pavimento, y el doctor Baltasar Cherbonneau se quedó solo con el cadáver de Octavio de Saville.

—¡Por la trompa de Ganesa! exclamó el discípulo del brahma de Elefanta cuando se marchó el conde. ¡Hé aquí un suceso desgraciado! He abierto la puerta de la jaula y el pájaro ha volado fuera de la esfera del mundo, tan lejos, que el sannyasi Brahma-Logum no podria alcanzarlo de nuevo, dejándome con el cadáver entre las manos. Fácil me seria disolverlo en un baño corrosivo tan enérgico, que no quedase un solo átomo apreciable, ó hacer en algunas horas una mómia de Faraon, parecida á las que encierran aquellas criptas llenas de geroglíficos; pero empezarian las averiguaciones, registrarian mi casa, abririan mis cajones y me harian sufrir tantos y tan enojosos interrogatorios como les diera la gana.....

Al llegar á este punto cruzó por la mente del doctor una idea luminosa; cogió una pluma y trazó rápidamente algunas líneas sobre una hoja de papel que despues encerró en el cajon de su mesa.

El papel contenia estas palabras:

«No poseyendo parientes, ni colaterales, dejo todos mis bienes á Octavio de Saville, hácia quien profeso un cariño

particular, y á quien le encargo que pague un legado de cien mil francos al hospital brahmínico de Ceylan para los animales viejos, cansados ó enfermos; que entregue anualmente y mientras vivan, mil doscientos francos á mi criado índio y otro tanto al criado inglés; y por último, que remita á la biblioteca Mazarina el manuscrito de las leyes de Manú.»

Este testamento, hecho por un vivo en favor de un muerto, no es una de las cosas menos extrañas de esta historia increible, pero real; pero esta rareza va á explicarse ahora mismo.

El doctor tocó el cuerpo de Octavio de Saville, á quien aun no habia abandonado el calor, miró en el espejo su rostro arrugado y curtido como una piel de zapa, con cierto aire de desdén y, haciendo sobre sí mismo una accion parecida á la de aquel que arroja un trage viejo cuando el sastre acaba de llevarle uno nuevo, murmuró la fórmula del sannyasi Brahma-Logum.

En seguida el cuerpo del doctor Baltasar Cherbonneau rodó por la alfombra como herido por el rayo, y el de Octavio de Saville se levantó fuerte y vivaz.

Octavio Cherbonneau detúvose algunos minutos contemplando aquel despojo flaco, huesoso y lívido, que, como solo lo sostenia el alma poderosa que lo vivificaba, presentó en seguida las señales de la mas extrema senilidad y tomó rápidamente una apariencia cadavérica.

—¡Adios, pobre harapo humano, miserable despojo abandonado en un recodo del camino de mi vida, despues de haberlo paseado sesenta años por las cinco partes del mundo! Me has prestado muy buenos servicios y te dejo con tristeza. ¡Tras tan largo tiempo nos habiamos acostumbrado á vivir juntos! Con este nuevo cuerpo, que mi ciencia habrá robustecido muy pronto, podré estudiar, trabajar, leer todavía algunas palabras del gran libro, sin que la muerte lo cierre en el párrafo mas interesante, diciéndome: «¡Basta!»

Despues de esta oracion fúnebre, dirigida á sí mismo, Octavio Cherbonneau salió con paso tranquilo para ir á tomar posesion de su nueva existencia.

El conde Olaf Labinski habia vuelto á su palacio, y preguntado en seguida si la condesa podia recibirlo.

La encontró sentada en un banco de musgo del invernadero del jardin, cuyos cristales, medio levantados, dejaban pasar un aire tibio y luminoso que penetraba en un verdadero bosque vírgen de plantas exóticas y tropicales; leia á Novalis, uno de los autores mas sutiles, mas rarificados é inmateriales que ha producido el espiritualismo aleman; la condesa no amaba los libros que pintaban la vida con colores fuertes y reales, pues en ellos le parecia demasiado grosera, despues de haber vivido en un mundo de elegancia, de amor y de poesía.

Arrojó el libro y levantó lentamente sus ojos hácia el conde, en cuyas pupilas negras esperaba encontrar aún aquella mirada ardiente, tempestuosa, cargada de pensamientos misteriosos, que tanto la habia turbado, y en la que, aun á trueque de que se calificase de una aprehension loca y de una idea extravagante, le parecia ver la mirada de otro.

En los ojos de Olaf brillaba una alegría serena, ardia con fuego igual un amor casto y puro; el alma extraña que habia cambiado la expresion de sus facciones habia volado para siempre: Prascovia reconoció en seguida á su adorado Olaf, y un ligero carmin anubló rápidamente sus trasparentes mejillas. Aunque ignoraba las trasformaciones realizadas por el doctor, su delicadeza de sensitiva habia presentido todos aquellos cambios sin poder darse cuenta de ellos.

—¿Qué leíais, querida Prascovia? preguntó Olaf, recogiendo de encima del musgo el libro, encuadernado en piel azul.—¡Ah! la *Historia de Enrique de Ofterdingen*. Es el mismo tomo que yo fuí á comprar á Mohilev un dia que me manifestasteis, mientras comiamos, deseos de leerlo. Aquella misma noche, á las doce, lo teniais en vuestro aposento al lado de la lámpara. ¡Fué un verdadero milagro de ligereza!

—Por esa razon he prometido no manifestar nunca en vuestra presencia deseos de cosa alguna. Teneis el mismo carácter de aquel grande de España que rogaba á su ama-

da que no mirase las estrellas, pues era lo único que no le podia dar.

—Si te enamorases de alguna, procuraria subir al cielo para pedírsela á Dios.

Mientras escuchaba á su marido, la condesa arrojó hácia atrás un rizo de sus cabellos que brillaba como una llama ó como un rayo de oro. Este movimiento hizo correr la manga hácia atrás y dejó descubierto su hermoso brazo, al que rodeaba un lagarto adornado de turquesas; el mismo que llevaba el dia de aquella aparicion en los Cascinos, tan funesta para Octavio.

—¡Qué miedo, dijo el conde, os causó en otro tiempo esta lagartija que yo maté con la punta del látigo cuando por vez primera bajásteis al jardin, á instancias mias! La hice engarzar en oro y adornarla con algunas piedras, pero aun bajo el aspecto de una joya os parecia horrible y solo al cabo de mucho tiempo os decidisteis á llevarla.

—¡Oh! ahora me he acostumbrado tanto á ella que de todas mis alhajas es la que mas aprecio, porque me trae á la memoria recuerdos muy agradables.

—Sí, dijo el conde; aquel dia convenimos en que al siguiente os pediria oficialmente en matrimonio á vuestra tia.

La condesa, que habia encontrado nuevamente la mirada y el acento del verdadero Olaf, se levantó arrastada por aquellos detalles íntimos, le sonrió, cogióle del brazo y dió con él algunas vueltas por la estufa, arrancando de paso con la mano que le quedaba libre algunas flores, cuyos pétalos mordia con sus lábios frescos. Parecia aquella Vénus de Schiavone que come rosas.

—Ya que teneis tan buena memoria, dijo arrojando la flor que sostenian sus dientes de perlas, espero que habreis recobrado el uso de vuestra lengua materna,.....de la que ayer no os acordabais.

—Sí, respondió el conde en polaco, porque esa es la misma que mi alma hablará en el cielo para decirte que te ama, si las almas conservan en el paraíso su lenguaje humano.

Prascovia, mientras paseaba con Olaf, inclinó su cabeza sobre el hombro de este.

—Así es como os quiero, murmuró la condesa. Ayer me dabais miedo y huia de vuestro lado como si fueseis otro.

Al dia siguiente, Octavio de Saville, animado por el alma del viejo doctor, recibió una esquela mortuoria, en la que le rogaban que asistiese á la conduccion y entierro del cadáver del doctor Baltasar Cherbonneau.

El doctor, revestido con su nueva apariencia, siguió hasta el cementerio á su viejo despojo, se vió enterrar, escucho con aire compungido el discurso que se pronunciaba sobre su fosa y en él que deploraban la irreparable pérdida que la ciencia acababa de experimentar, y luego fuó á su casa de la calle de San Lázaro, para esperar la lectura del testamento que él mismo habia redactado en su favor.

Aquel mismo dia se publicaron en la seccion de *Noticias varias* de los periódicos de la tarde, las siguientes líneas:

«El doctor Baltasar Cherbonneau, tan conocido por su larga residencia en la India, sus conocimientos filológicos y sus curas maravillosas, ha sido encontrado muerto en su gabinete de estudio. El exámen minucioso de su cuerpo rechaza por completo la idea de un crímen. El doctor Cherbonneau debe haber sucumbido víctima de sus excesivas fatigas intelectuales ó de algun audaz experimento

Se dice que un testamento autógrafo, descubierto en la escribanía del doctor, lega manuscritos muy preciosos á la biblioteca Mazarina y que nombra su heredero á un jóven perteneciente á una familia distinguida, Mr. O. de S.»

FIN.

COLECCION GENERAL
G 808.8 MIS.1
0 5 2 7 0 3 1
BIBLIOTECA NACIONAL